

Noelia Jiménez

La fuerza del amor  
*La esperanza en lo perdido*



**NJ**  
ediciones

**Noelia Jiménez Sangüesa.**

La fuerza del amor.

La esperanza en lo perdido.

—Segunda entrega de la trilogía “La fuerza del amor” —

**La fuerza del amor (La esperanza en lo perdido).**

Segunda entrega de la trilogía “La fuerza del amor”.

©Primera edición abril de 2015.

©Segunda edición enero de 2016.

©Noelia Jiménez Sangüesa.

I.S.B.N. 10: 1511908483

I.S.B.N. 13: 978-1511908481

Diseño y maquetación: Noelia Jiménez Sangüesa.

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la copia total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico sin el permiso escrito y firmado del propietario y titular del Copyright.

Para mis lectores, gracias por apoyarme día a día y no permitir que abandone.

## **Índice.**

PRÓLOGO. Miedo a la oscuridad.

CAPÍTULO 1: No todo lo que reluce es oro.

CAPÍTULO 2: Más allá de lo que tus ojos ven.

CAPÍTULO 3: Sonrisa hipnotizante.

CAPÍTULO 4: La protegeré con mi vida Sophie.

CAPÍTULO 5: Nuevo comienzo.

CAPÍTULO 6: Cada vez más cerca.

CAPÍTULO 7: Patrick.

CAPÍTULO 8: Estuvo cerca.

CAPÍTULO 9: Una nueva rutina.

CAPÍTULO 10: A contra corriente.

CAPÍTULO 11: Nada es lo que parece.

CAPÍTULO 12: Presentimientos.

CAPÍTULO 13: Mirando al frente.

CAPÍTULO 14: La nueva víctima de Patrick.

CAPÍTULO 15: Le encontraremos.

CAPÍTULO 16: Un paso atrás.

CAPÍTULO 17: El primer día tranquilo.

CAPÍTULO 18: Las cosas empeoran.

## CAPÍTULO 19: Nadie esperaba algo así.

## PRÓLOGO. Miedo a la oscuridad.

El mayor miedo de Sophie siempre fue permanecer sola, bajo las sombras. Ese miedo empezó cuando su marido comenzó a beber (aunque no sabía exactamente qué, puesto que no era alcohol) y volvía a las tantas de la madrugada pidiendo solo sexo. Poco a poco el hombre se iba volviendo algo sádico.

Encerraba a su esposa en la habitación y le hacía pequeños cortes en las muñecas, utilizando la sangre que emanaba de los cortes para guardarla en frascos que más tarde desaparecían.

Sophie nunca se había visto capaz de hacerlo. Pero lo hizo. Cogió a su pequeña entre sus brazos y huyó. Corrió lejos de ese infierno y se refugió durante semanas en casa de sus padres hasta que encontró un pequeño apartamento bien alejado de Barcelona, donde podría tener protegida a su pequeña.

Meses más tarde, una ola de asesinatos se desató en Barcelona y ella lo supo. Su ex marido estaba detrás de todo aquello, luchando por conseguir a su pequeña.

## CAPÍTULO 1: No todo lo que reluce es oro.

—Y Blancanieves aún dormía cuando el príncipe apareció para...

—Mamá —interrumpió una pequeña niña de ojos de un tono pardo, con los cabellos de un marrón oscuro, más alta que la mayoría de las niñas de seis años.

—¿Qué? —la voz de la madre sonó cansada, era la quinta vez que la interrumpía, sin dormirse aún.

—¿Puedes leerme La Cenicienta? —su voz era dulce e inocente, con un leve tono de súplica.

—Pero —los ojos de la mujer se cerraron y se abrieron pesadamente—. Es el tercer libro que te leo esta noche.

—¡Por favor! —la voz de la pequeña era totalmente suplicante ahora.

—Pero... —antes de poder protestar, la pequeña emitió un suspiro reconfortante, se había dormido—. Gracias a Dios.

El timbre sonó justo cuando la mujer —alta, de cabellos oscuros y tez morena— salía de la habitación de su hija. Se dirigió curiosa hasta la puerta y esperó, algo no iba bien, eran las tres de la mañana y las únicas visitas que recibía tenían llave. Cuando abrió la puerta un pesado cuerpo cayó a sus pies, el cadáver de su padre. Lanzó un grito ahogado y observó una nota pegada a la espalda del cuerpo sin vida, la cogió y leyó:

*“No puedes imaginarte lo que soy capaz de hacer por recuperar a mi hija. Patrick.”*

La nota cayó hacia el suelo y la esbelta mujer corrió al teléfono. Marcó con rapidez un número muy familiar y aguardó mientras sonaba el pitido. Ese horrible sonido que indicaba que aún no había nadie al otro lado de la línea.

Alguien contestó.

—¿Diga?

—¿Marcus? —su voz cuando el hombre descolgó fue desesperada.

—¿Sophie? —La voz a la otra línea sonaba cansada y a la vez tranquila—. Son las tres de la madrugada.



—Patrick viene a por Lyla —su voz se entrecortó al observar el cadáver de su padre—. Ha dejado a mi padre en la puerta, muerto.

—¡Tienes que salir de ahí! —la voz al otro lado sonaba cortante. Se pausó y respiró hondo—. ¡Ahora!.

Colgó.

Sophie corrió a su habitación y metió todas sus pertenencias en un macuto. Cuando todo estuvo acomodado, salió disparada a la habitación de la pequeña y repitió el acto anterior. Buscó en el armario una manta con la que envolvió a Lyla para llevársela.

El timbre sonó.

Dejó a Lyla sobre la cama de nuevo y cerró la puerta tras ella. Evitó el cuerpo de su padre y cogió una sartén, preparándose para abrir. Abrió y arremetió contra un hombre de estatura mediana, pero éste paró el golpe.

—Sophie soy yo —la voz familiar de Marcus la tranquilizó, soltó la sartén que cayó al suelo con un estrépito sonido y se llevó las manos a la boca—. Me he dejado las llaves con las prisas.

—Lo siento mucho, no sabía... —fue interrumpida por una mano tranquilizadora que le acariciaba el hombro.

—Lo sé, lo entiendo —echó un vistazo a la habitación, fijando la mirada en el cadáver—. Me lo llevaré, lo dejaré en el parque entre los arbustos y lo encontrarán —observó las lágrimas de Sophie, aflorando en sus ojos—. No podemos hacer nada más. Lleva a Lyla a mi casa y espera a que vuelva. Todo irá bien.

Sophie se limitó a asentir y fue en busca de Lyla y los macutos, pasándolos sobre su cabeza, haciendo que quedaran sobre su hombro y cogió a Lyla en brazos. Para cuando volvió al salón, Marcus ya no estaba. Observó todo por última vez y cerró la puerta tras ella.

Tomó un Taxi hasta la Calle Universidad y se dirigió a casa de su buen amigo. Abrió la puerta principal del edificio con su propia llave y ascendió por las escaleras hasta el tercer piso. Dejó a Lyla sobre la cama de la habitación de invitados y se puso a preparar café. Se apoyó en la puerta de la habitación y observó a su inocente hija pequeña.

—Lo que te ha costado dormir y ahora ni una bomba sería capaz de despertarte —susurró y se sentó en el sofá.

Sophie estaba realmente cansada. Desde el inicio de los asesinatos no había podido descansar ni una sola noche, preocupada por su pequeña. Sentada en el sofá de Marcus se sentía protegida, sabía que allí nadie las

encontraría.

Para ella Marcus siempre había sido su protector, su hermano mayor. Estar bajo su techo le hacía estar tranquila, sabía que pasara lo que pasara él estaría ahí.

El cansancio poco a poco se fue apoderando de ella y por una vez en mucho tiempo no luchó contra ello. Sus ojos se cerraron y como sonido de fondo escuchó la puerta abrirse y cerrarse. Unos fuertes brazos la alzaron y poco después la depositaron sobre una cama, notó como la arropaban y un leve beso en la frente.

—No todo lo que reluce es oro —la voz de Marcus sonó lejana—. Te avisé sobre Patrick, pero todo irá bien.

Se durmió.

Lo último que escuchó fue una ventana cerrarse y se metió de lleno en un profundo sueño del que parecía que no volvería a despertar.

## DOCE AÑOS DESPUÉS.

Sophie y Marcus estaban empaquetando todo en cajas cuando Lyla despertó.

Era una mañana de sábado muy lluviosa. Lyla se desperezó y fue al baño a lavarse la cara. Cuando salió de la habitación del piso de Marcus — donde desde que tenía seis años vivía con él y su madre— se encontró con todo el salón desordenado y todas sus posesiones guardadas en cajas. La televisión de plasma había desaparecido de encima de la mesita que la soportaba y se encontraba envuelta en papel de burbujas, el cual la protegía. Observó todo con cuidado y encontró a Marcus sentado en el suelo, guardando algunos de sus libros en cajas. Levantó la mirada y le sonrió.

—Buenos días cielo —Sophie salió de la cocina, dándole un beso en la frente poco después de llegar a su lado.

—¿Qué es todo esto? —Lyla observaba todo el salón, sin poder creerse lo que veía.

—Nos vamos a mi apartamento de Madrid —dijo Marcus moderando las palabras para no alterar a Lyla—. Aquí no nos han ido muy bien las cosas. Sé que tus amigos están aquí —se apresuró a añadir— pero... —fue

interrumpido.

—¡Yujuuuuu!

Un grito de felicidad emergió de la garganta de Lyla, seguido poco después de varios saltos eufóricos por el desordenado salón, evitando cajas. Las cosas allí nunca le habían ido bien: desde que se mudó a casa de Marcus y cambió de colegio hacía doce años, su vida había sido un completo desastre. La gente se metía con ella porque su madre había olvidado a su padre y se había ido a vivir con el que decían que era su “amigo”, enfatizando las comillas. Ella sabía que entre su madre y Marcus no había nada —aunque no le importaría—, pero las lenguas de las víboras hacen daño cuando rozan. Irse de allí era lo mejor que podía pasarle. Pronto acabarían las vacaciones de verano y empezaría la Universidad.

Un curso nuevo.

Una vida nueva.

## CAPÍTULO 2: Más allá de lo que tus ojos ven.

Habían pasado las dos últimas semanas de verano. El apartamento en la calle Vía Complutense estaba totalmente acomodado. El piso era mucho más grande que en el que habían vivido en Barcelona y estaba mucho mejor situado en la ciudad.

Sophie y Marcus habían salido a tomar algo para despejarse después de tanto trabajo y Lyla se había quedado en casa puesto que estaba muy cansada. Mañana era el gran día. Había preparado con mucho afán su ropa para el primer día de clase y la había dejado planchada sobre la cama, observándola orgullosa.

Ordenó su bolso con una carpeta que contenía un par de folios y un discreto estuche que le serviría para el primer día. Acomodó la ropa sobre la silla del escritorio y se acostó, dispuesta a levantarse con ganas para afrontar el primer día.

### **Jueves.**

El despertador sonó con fuerza cuando llegaron las seis de la mañana. Lyla se levantó con más energía de la habitual y se metió en la ducha. Dejó correr el agua unos minutos antes de echarse el gel y el champú. Quince minutos después salió con una toalla envuelta en el cuerpo y empezó a secarse el pelo con el secador, dejándolo naturalmente ondulado. Su pelo, que siempre había llevado muy corto, era una melena larga y ondulada hasta el final de la espalda. Se dirigió de nuevo a su habitación y se vistió con la ropa que había preparado la noche anterior: unos pantalones negros “cagados”, una camiseta básica de tirantes color azul y unas Vans a juego. Se maquilló de manera sencilla y natural, mirándose después en el espejo. Ya no era aquella niña menuda, seguía teniendo poca altura, sí, pero estaba bien dotada de curvas y sus grandes ojos color miel le hacían realmente atractiva.

Cogió el bolso y depositó en él el móvil, las llaves y un monedero con el DNI y algo de dinero, siempre iba bien preparada.

—¿Pero dónde se ha quedado mi Patito Feo? —La voz de Marcus sonó orgullosa cuando Lyla cruzó el umbral del salón, riendo a carcajadas al escuchar su comentario—. Tenía la esperanza de que nunca crecerías —la voz del hombre sonó melancólica mientras recordaba a Lyla correteando sin

control por la casa.

—Siempre seré tu pequeña —le recordó ella, mientras se sentaba en su regazo y le regalaba un fuerte beso en la mejilla—, pero ahora llegaré tarde si no me doy prisa.

Lyla se despidió de Sophie que estaba en la cocina y salió en dirección a Plaza San Diego, donde se encontraba su Universidad —Universidad de Alcalá—.

*>>Nada más salir de casa me puse los cascos y busqué en mi móvil la canción de Demi Lovato, Heart by Heart. Sin prisa pero sin pausa, me dirigí al colegio que estaba lo bastante cercano como para ir andando. Nada más llegar esperé que todos me miraran por ser la chica nueva, pero nadie lo hizo. La mayoría de los jóvenes estaban haciendo un "corralillo" alrededor de otros dos. Vi a dos chicos pelearse, bueno, en realidad solo uno peleaba mientras el otro se cubría la cara. Sin pensármelo dos veces me metí en medio de ambos y le di tal empujón al agresor que cayó al suelo. Saqué rápidamente de allí al indefenso muchacho y lo acerqué a un banco donde se sentó.*

*>>Cuando alzó la cabeza me miró con unos ojos azules realmente agradecidos. Era rubio y con la tez blanca. Su cara estaba ensangrentada allí donde el otro muchacho le había golpeado. Saqué un pañuelo de tela, lo mojé en una fuente cercana y lo posé sobre su ceja, presionando con delicadeza. Me miró con una radiante sonrisa acompañada de una mueca de dolor. Giró la cara y escuché a alguien gritando su nombre: Nicholas. Tres chicas se acercaban allí a toda velocidad. Asentí a modo de disculpa y me fui.*

Una vez recogió su horario, Lyla se dirigió a la clase de psicología infantil —empezaba el curso de Educación Primaria—, la cual estaba realmente llena. Observó con prudencia los asientos libres y se dirigió a uno con las dos mesas vacías. Minutos más tarde entraron las tres chicas que habían corrido hacia el muchacho malherido. Hablaron entre ellas mientras observaban a Lyla y se acercaron a ella. Eran dos chicas altas y esbeltas y una con menos altura que la propia Lyla. Una de las chicas altas se sentó al lado de Lyla y las otras dos en las mesas libres de delante. La nueva compañera de Lyla le lanzó una amable sonrisa y empezó a hablar.

—Soy Katherine, pero puedes llamarme Kathe —sonrió mientras se

retiraba su negro pelo hacia atrás. Pestañearon varias veces unos ojos verde esmeralda mientras la observaba.

—Yo soy Elisabeth, encantada —los ojos de ésta le llamaron a Lyla la atención, eran azules como el cielo y resaltaban sobre el tono pelirrojo de su pelo—. Ella es Anne —dijo señalando a la última chica, de ojos azules apagados y un pelo rubio muy natural—. Ahora está afónica y por suerte no puede hablar. ¡Ay! —Anne le había dado una patada por debajo de la mesa—. Ya "disfrutarás" de oírla hablar —marcó con comillas en el aire, antes de echarse a reír.

—Soy Lyla —ésta sonrió con algo de vergüenza.

—Queríamos agradecerte lo que has hecho por Nick —dijo Kathe, mirándola sonriente—. Si no hubiera sido por ti, Byron le habría destrozado como hace siempre.

—Es el primer día —Lyla estaba algo confusa, no entendía muy bien que estaba pasando.

—Llevan juntos desde pre—escolar —aclaró Elisabeth— Byron siempre había salido con nosotros. Hace tres años sus padres se divorciaron y empezó a tomarla con Nick. Él siempre lo ha apreciado mucho y nunca se rebota ni se rebela contra él. Byron se aprovecha de eso.

—Vimos cómo lo empujaste —dijo Anne con una voz totalmente forzada, cambiando de tema— ¿Cómo tienes tanta fuerza? Byron no es que sea un enclenque.

Lyla se encogió de hombros. Siempre había practicado la lucha con Marcus por diversión y defensa personal en algún caso, pero nunca se había planteado el verdadero fin de sus duros entrenamientos.

Las clases pasaron con agilidad ya que todo fueron presentaciones de los créditos y del profesorado. A la hora del almuerzo se dirigió con Kathe, Beth y Anne a una cafetería cercana, donde las esperaba Nick.

—¡Nick! ¿Qué te ha dicho la doctora? —gritó Beth, mucho antes de llegar a su lado.

—Solo ha sido el golpe —sonrió alegremente y miró a Lyla con vergüenza—. Gracias por lo que has hecho por mí, Byron debe de haberse quedado pasmado.

—Ya me lo han agradecido bastante las chicas —añadió Lyla, sintiéndose algo incómoda.

—Créeme, nunca será suficiente.

Nick, a pesar de lo mal que lo trataba Byron, era un chico muy

alegre. No era realmente atractivo, pero estaba claro que tenía un gran corazón. Al volver a clase cuarenta y cinco minutos después, el director se dirigió a los alumnos por megafonía diciendo que podían marchar a casa y mañana empezarían las clases.

Lyla se despidió de sus compañeros y volvió a casa. Durante el camino vio a lo lejos a Byron y a su grupo, que se fue dispersando hasta dejar a éste solo. Una calle después de donde se encontraba el piso de Lyla, Byron entró en su casa. <<Genial, tendré al mayor capullo de la historia a tan solo cinco minutos de mí>>. Cuando llegó a casa, se sentó en el sofá junto a su madre y Marcus. Poco a poco pero con la energía de la que disponía siempre, les contó su primer día. Al mencionar la parte de su intervención en una pelea, Sophie se mostró enfurecida y Marcus rió ante su expresión.

—Tú siempre metida en todo— Sophie intentó no reír, su hija era la viva imagen de ella: protectora y segura de sí misma.

—Habló la que me salvó hace dos días de ser atracado a mano armada en un callejón —Marcus rió, pero Sophie le fulminó con la mirada—. ¿Qué?

—¡No la animes!

Lyla rió ante aquella situación, siempre discutían como niños pequeños. Siempre había pensado que era una pena que su madre no hubiera olvidado a su desconocido padre y que Marcus perdiera a su novia en un accidente, prometiendo no estar con nadie más.

Después de cenar y ver algo en la televisión, hace falta añadir que no le gustó nada, se dirigió a su habitación y se acostó. Tumbada mirando el techo analizó con paciencia el día al que había sobrevivido gloriosamente y cuando su móvil le avisó de la falta de batería, se percató de que no había pedido el número de teléfono a sus nuevos compañeros. Mañana lo haría. Conectó el móvil al cargador y después de ponerse el pijama se acomodó bajo las sábanas.

Mañana sería otro día.

>>Me encontraba cara a cara con Byron, que me miraba ferozmente. Una pelea estaba a punto de empezar. De la oscuridad empezó a acudir gente que poco después nos estaba rodeando. Observé con curiosidad a Byron y vi que en el fondo era un chico débil. Sin pensarlo, me acerqué y

*acaricie su pelo. La gente empezó a desvanecerse y una voz inundó mi cabeza: Todo esto va más allá de lo que tus ojos ven.*



## CAPÍTULO 3: Sonrisa hipnotizante.

### Viernes.

Antes de que el despertador sonara, Lyla ya estaba despierta. Le había impactado mucho haber soñado con Byron. Desconectó la alarma y entró a ducharse. Cinco minutos después estaba secando su pelo para luego planchárselo y alzarlo en una coleta bien alta. Buscó en el armario con paciencia y sacó un pantalón tejano pitillo, una blusa negra y unas bailarinas a juego. Preparó su bolso y salió de la habitación, dejándola antes totalmente recogida. Al salir no encontró a nadie, pero sí una nota que explicaba que habían ido a recoger las decoraciones que faltaban del salón.

Al salir de casa se encontró con Byron cerrando la puerta de su casa. Lyla alzó la vista y empezó a caminar con la cabeza bien alta y, escuchando música, aceleró el paso. Llegaba tarde y quería evitar a Byron. Al llegar a la facultad notó una mano sobre su hombro y al voltear se encontró con la sonrisa de Nick y más atrás con la amenazadora mirada de Byron. Ambos se dirigieron al interior del edificio donde se encontraban las tres chicas. Anne parecía estar totalmente recuperada y hablaba sin parar.

—¡Buenos días! —gritaron las tres al unísono, destacando notoriamente la voz de Anne.

—Pensábamos que no vendrías —mencionó Anne, mirando a Lyla de arriba abajo—. ¡Vas monísima!

—Gracias —Lyla la miró sonrojada mientras las demás le daban la razón a Anne y luego su cara cambió, convirtiéndose en una mueca confusa—. ¿Por qué creíais eso?

—Bueno, te enfrentaste a Byron, todo el mundo habla de ello —explicó Kathe.

—No fue para tanto —Lyla miró al suelo avergonzada, todo aquello le resultaba realmente incómodo.

—No tenemos tu número —cambió de tema Beth al notar lo incómoda que estaba Lyla—. Te meteremos en el grupo de WhatsApp que tenemos las tres.

Lyla les pasó su número y una vez añadida al grupo guardó los números de las tres chicas. Se fijó y sonrió al ver que el título del grupo era un emoticono lanzando un beso en forma de corazón.

Cuando sonó el timbre y se disponían a separarse de Nick, Byron se

acercó a éste y las chicas temieron lo peor. Una vez estuvieron cara a cara, Byron extendió su mano para ser estrechada con la de Nick.

—Lo siento tío.

Nick, confundido más feliz que un niño, le estrechó la mano con serenidad y Byron se fue con media sonrisa, sintiéndose orgulloso de lo que acababa de hacer. Los cinco se miraron entre ellos con una clara confusión y segundos después se dirigieron a clase. Una vez en el aula y con la profesora ya hablando, todos murmuraban mientras miraban a Lyla.

—No entiendo que cable se le ha cruzado a Byron —mencionó Anne, ignorando los comentarios de la gente y girándose sobre su silla para quedar frente a Kathe y Lyla.

—Quizás el pequeño enfrentamiento con Lyla y el hecho de ver a Nick tan mal, le han hecho reflexionar —añadió Beth, repitiendo la acción de Anne y mirando confusa a Kathe—. Tú deberías saberlo, es tu primo...

—¿Qué, qué? —Interrumpió Lyla, mirando a Kathe con una mueca—. ¿Me estás diciendo que tienes algún parentesco con ese idiota?

—Aunque no lo mencione nunca, sí —Kathe parecía distante y Lyla enseguida se sintió fatal, antes de poder hablar, Kathe continuó—. Ayer Byron me envió un mensaje diciendo que no quería ser así. Dijo que había dado de lado a sus amigos y que hoy haría una prueba para el equipo de fútbol. Quiere que vayamos, ya que Nick también estará —añadió rápidamente, se veía claramente que adoraba a su primo pero detestaba su forma de actuar.

—Iremos —afirmó Anne, observando la expresión de Beth y Lyla—. Pero por Nick.

Al acabar las clases decidieron irse las cuatro al jardín del campus, tumbándose en el suelo y creando un cuadrado donde todas tenían la cabeza encima de las piernas de la otra. Los cuarenta y cinco minutos pasaron sin que ninguna de las chicas se diera realmente cuenta y el sonido de la campana, las hizo entrar en clase. Pasadas las dos horas, fueron a buscar a Nick y se dividieron para ir cada uno a su casa. Las pruebas eran a las seis por lo que Lyla tenía tiempo de descansar. De camino a su casa notó el roce de alguien contra su brazo, cuando volteó levemente la cara vio a Byron, quien le dedicó una sonrisa torcida.

—Te veo luego.

Su tono fue en parte pícaro y en parte inocente. Lyla, que no comprendía nada de lo que estaba pasando, negó lentamente y entró en casa.

Aún no había nadie y supuso que seguirían comprando. Dejó todas sus cosas en la habitación y se dirigió a la cocina con intención de prepararse algo para comer. La comida estaba hecha. Un plato de pechuga al roquefort esperaba bajo una tapa de plástico que dejaba ver su deliciosa pinta. Lo calentó en el microondas y se dispuso a comer. Subió a la habitación, encendió el móvil y vio en el grupo de las chicas la reciente conversación.

BETH: Chicas. ¿Quedamos en el colegio a las cinco y media? He conseguido unos pompones para animar.

KATHE: Sería divertido —añadió una carcajada y un emoticono sacando la lengua.

ANNE: Yo no podré estar hasta las seis menos cuarto, lo siento chicas.

BETH: Don't worry.

LYLA: Me parece genial la idea, tengo un traje de animadora por si a alguna le apetece.

LAS TRES: ¡Yo también!

LYLA: Entonces, ¿vamos con ellos?

ANNE: Por mí, perfecto.

BETH: Pues nos vemos luego, ¡chao!

LAS TRES: ¡Chao!

Eran tan solo las tres de la tarde. Lyla dejó el móvil en la mesita y se acostó. A las cuatro y media sonó el despertador y Lyla se vistió con su antiguo uniforme de animadora —su afición había empezado hacía tres años gracias a los carnavales y a raíz de eso, se apuntó al equipo del instituto—. Una vez vestida, después de arreglarse la coleta y maquillarse un poco, salió de la habitación y vio a su madre a la que abrazó seguidamente. Sophie sonrió al ver a su pequeña feliz de nuevo, vitoreándola cuando se percató de

que el traje le hacía parecer muy atractiva.

—Iré con las chicas a ver las pruebas del equipo, ¿te parece bien? —sonrió inocente, igual que cuando le pedía que le leyera otro cuento.

—Claro, me parece estupendo —Sophie acariciaba con cariño la coleta de Lyla, sintiéndose orgullosa de ella.

—¿No me necesitáis? —preguntó curiosa al fijarse por primera vez en las cajas apiladas en una esquina del salón. Sophie negó lentamente.

—Mañana lo ordenaremos todo, solo son algunas decoraciones —sonrió y besó la frente de su hija, empujándola hacia la puerta—. Ve.

Lyla sonrió agradecida. Salió de casa y, como siempre, vio a Byron, pero esta vez la esperaba a ella. Él sonrió nada más verla y ella le miró avergonzada, recordando la ropa que lucía.

—Vas bien preparada —se apresuró a decir Byron, siguiendo a Lyla que ya había empezado a andar, ignorándolo—. ¡Espera!

—No —Lyla contestó tajante y aceleró el paso. Byron le agarró por la muñeca y la detuvo frente a él.

—Sé que entre lo que viste y lo que te habrán dicho no tienes una buena concepción de mí, pero... —soltó la mano de Lyla y esta continuó su camino—. ¡Te demostraré que puedo cambiar! —alzó la voz para que ella lo oyera y Lyla se giró.

—No te conozco ni me apetece hacerlo, no tienes nada que demostrarme —siguió andando de espaldas, fulminando a Byron con la mirada—. Quizás deberías empezar con Nick y tu prima.

Volteó de nuevo y se fue.

Byron se la quedó mirando y agachó la vista, siguiendo el mismo camino hacia la facultad.

*>>Llegué a la facultad y enseguida las chicas me vitorearon. No era tan alta como Kathe o Beth, pero si estaba mucho mejor dotada y era más atractiva. Vi como Byron pasaba junto a nosotras con los ojos totalmente apagados. Susurró una especie de saludo y continuó su camino. Sentí un nudo de culpabilidad en el estómago, pero él lo merecía.*

Las chicas se encaminaron hacia el camino de hierba y, como si de niñas pequeñas se tratase, empezaron a hacer acrobacias, algunas mejores que otras. A la hora acordada empezaron a llegar chicos y apareció Anne. Lyla se

quedó parada. Su mejor amigo, Christian Bale, estaba allí —después de más de cinco años allí estaba—. Cuando él la vio, Lyla tiró los pompones y corrió a tirarse a sus brazos. Él la sujeto con fuerza.

Christian había sido el único amigo que había tenido en Barcelona, pero tuvo que irse por una beca de fútbol que le entregaron a su hermano.

—¡No puedo creer que mi pequeña esté aquí! —cogió a Lyla como a una princesa y dio vueltas con ella.

Christian había pasado de ser un chico bajo y enclenque a crecer una barbaridad y desarrollar unos fuertes músculos. Lyla acurrucó la cabeza en su pecho y sonrió. Se sentía protegida de nuevo. Cuando Christian la bajó, Lyla rodeó el cuello de él con los brazos y, poniéndose de puntillas, besó su mejilla.

—¿Nos vemos luego? —dijo Lyla mientras se alejaba. La prueba estaba a punto de empezar.

—Espérame, le he dicho a tu madre que me pasaría.

Lyla sonrió y corrió a recoger sus pompones, llegando al lado de las chicas que la miraron entusiasmadas. Lyla se adelantó a explicar que solo era su mejor amigo, que no había nada entre ellos, aunque no quedaron muy convencidas. Las chicas vieron llegar a Nick junto a Byron, que se unieron a Christian. Byron hablaba animadamente con los dos y de vez en cuando presionaba el brazo de Nick a modo de disculpa. Estaba claro que todo iba bien entre ellos. Minutos después, empezaron las pruebas.

*>>Cuando empezaron las pruebas estaba realmente nervioso. Un nudo en mi estómago se había formado cuando había visto al capitán del equipo tan cercano a Lyla, ¿qué tenía esa chica? No la conocía. Había evitado que le rompiera la cara a mi mejor amigo, avergonzándome delante de todo el mundo y no me había molestado. En realidad, estaba totalmente agradecido. Justo fuera de la hierba estaban las chicas animando. La cabeza me empezó a dar vueltas cuando Lyla sonrió y noté como me desplomaba. Escuché los pasos de alguien y visualicé a Christian sobre mi cabeza, sonriendo.*

—Tiene una sonrisa hipnotizante, ¿verdad? —le tendió la mano a Byron y le ayudó a incorporarse.

Byron notó como sus mejillas ardían. Observó a las chicas ir hacia él

corriendo para comprobar que todo iba bien, aunque le odiaran, eran demasiado empáticas, pero Byron solo la veía a ella.

Con esa última imagen, volvió a caer y todo se le tornó de color negro.

## CAPÍTULO 4: La protegeré con mi vida Sophie.

Las chicas se habían ido y Lyla permanecía en el hospital junto a Christian, sentada en la cama donde descansaba Byron. Cuando éste despertó por fin, notó la mano de Lyla estampándose contra su mejilla.

—¡Lyla! ¿Qué haces? —preguntó Christian alarmado, mirándola con los ojos muy abiertos.

—Se lo merece por todo lo que ha hecho y lo que ha intentado hacer.

Con esas palabras llenas de rabia, Lyla salió enfurecida de la habitación. Los médicos les habían informado de que Byron llevaba días sin comer y una irritación en el esófago delataba que se había provocado el vómito innumerables veces. Lyla sabía que él merecía sufrir por todo el daño que había hecho —Kathe la había puesto al corriente de los últimos tres años — ¿pero llegar al punto de querer morir? Eso era demasiado. Si ya le odiaba, ahora lo detestaba. Christian salió de la habitación y marchó junto con Lyla hacia su casa. Pasaría el fin de semana en casa de ella, puesto que sus padres estaban de viaje. Al llegar a casa, tiraron un colchón al lado de la cama de Lyla —aunque de más pequeños habían dormido siempre juntos, ahora resultaría algo incómodo—, cenaron y fueron a acostarse.

A media noche, Christian se levantó y fue al comedor, cerrando la puerta de la habitación con cuidado para no despertar a Lyla. Vio a Sophie sentada en el sofá, observando a la nada, pensativa. Christian se sentó a su lado y apoyó la cabeza en las piernas de ella, como tantas veces había hecho de pequeño.

—¿Habéis sabido algo más de Patrick? —preguntó Christian, mientras Sophie le acariciaba el pelo.

—Por suerte, no —Sophie sonrió tranquila —Christian se percató de que estaba mucho más relajada que meses atrás cuando le había informado de que irían a Madrid— y suspiró—. Ha sido buena idea venir aquí. Lyla ha encajado y ahora te tiene a ti para protegerla —Christian se incorporó y tomó la mano de Sophie.

—¡La protegeré con mi vida, Sophie!.

Sophie estaba más tranquila que nunca. Había alejado a Lyla del

peligro cuando éste había vuelto a aparecer. Sabía que con Christian al lado, su pequeña estaría protegida. Christian había estado al corriente de todos los movimientos de Patrick desde que cumplió los dieciséis y había sido entrenado.

Investigando, Marcus había encontrado la utilidad que le daba Patrick a la sangre de su esposa. Intentaba volver agresivos a dos perros que te desgarrarían inmediatamente después de escuchar la orden de su amo.

## **Doce del mediodía del sábado.**

Lyla seguía absorta en un profundo sueño cuando Christian se tiró sobre ella. Siempre había tenido una facilidad increíble para hacer rabiar a Lyla, pero por una vez no le molestó. Le lanzó una sonrisa forzada y volvió a acomodarse bajo las sábanas.

—¿No vas a venir a ver a Byron?

—No tengo nada que ver con *ese*. No ha tratado bien a nadie en años. Además, no le conozco y la concepción que me han creado me quita totalmente las ganas —Lyla asomó la cabeza entre las sábanas hasta dejarlas bajo sus ojos. Estaban rojos e hinchados. Christian acarició su cabeza y posó la mano en su frente, arqueando la ceja derecha.

—Tienes fiebre. Me quedaré contigo —en ese momento entró Sophie.

—Ve a ver a tu amigo —sonrió, sentándose junto a Lyla—. Ya me ocupo yo de ella.

Christian quería protestar, pero sabía que competir contra Sophie no serviría de nada. Asintió y se inclinó sobre Lyla para besar su mejilla. Después de ponerse la chaqueta se despidió de Sophie y cruzó el umbral. Segundos después se escuchó la puerta principal cerrarse. Una moto rugió y se alejó.

Sophie miraba con cariño y preocupación a Lyla. Ella nunca se ponía enferma y parecía estar realmente mal. Sophie fue a la cocina, metió bajo agua fría un paño y volvió a la habitación. Puso el paño sobre la frente de Lyla, esperando que le bajara la fiebre.

—¿Cómo vas? —preguntó Sophie acariciando el pelo de Lyla.

—Me va a explotar la cabeza —Lyla se acurrucó entre las sábanas, tiritando—. Tengo mucho frío.

—Te echaré otra manta —besó su frente y salió de la habitación.



Cuando Sophie volvió a la habitación cinco minutos después, Lyla estaba completamente dormida. Estiró la manta sobre su hija y se sentó a su lado, mirándola con dulzura. Acabó por tumbarse a su lado como tanta veces había hecho cuando Lyla era pequeña y tenía pesadillas. Abrazó una almohada y se quedó dormida.

En otra parte de la ciudad, concretamente en el hospital Príncipe de Asturias, Byron acababa de despertar y se encontraba totalmente solo. Intentó levantarse pero la habitación empezó a darle vueltas y cayó en la cama frustrado. Ningún amigo había ido, a excepción de su prima, pero estaba claro que es lo que merecía. No podía dejar de pensar en Lyla; en sus ojos, en su sonrisa, en su expresión de preocupación... No, lo último lo debía de haber imaginado. Unos leves golpes le sacaron de su ensoñación y se acurrucó entre las sábanas, evitando que lo vieran con la horrible bata hospitalaria.

—Adelante —susurró, pero al parecer su visitante lo escuchó.

—Hey —Christian entró acompañado de Nick, al cual había encontrado en la entrada. Byron se desilusionó al ver que nadie más venía detrás de ellos—. ¿Cómo vas?

—Perfecto, ya podemos irnos —volvió a intentar levantarse pero fracasó de nuevo—. ¡Mierda!

—El médico nos acaba de decir que tendrás que estar unas semanas más aquí —dijo Nick mientras se sentaba y abría una bolsa de patatas—. Te estarán vigilando hasta que recuperes fuerzas.

—Odio estar aquí —se inclinó hacia la silla de Nick y le quitó las patatas—. Se me ve el culo cada vez que Kathe me acompaña al baño.

Christian y Nick se miraron y explotaron en una carcajada, el hecho de imaginarse al gamberro de Byron tan indefenso era un chiste para ellos.

El día se les pasó rápidamente entre risas, gracias a que Nick había instalado la Play Station 4 de Byron. A la hora de la cena ambos chicos observaban expectantes como Byron devoraba la comida igual que había hecho a mediodía. Nick bajó a comprar algo de cena para Christian y él y un bocadillo para el hambriento Byron. En cuanto Nick cerró la puerta tras él, Byron miró con tristeza a Christian.

—¿Tanto me odia? —las palabras fluyeron como agua a través de él, provocando que su corazón se acelerara a causa de la respuesta.

—No lo sé, no ha querido venir —Christian hizo una pausa, viendo la mirada de Byron—. Hoy se ha levantado con fiebre y se ha quedado en cama.

—¿Está bien? —la voz de Byron se entrecortó, el hecho de pensar que Lyla no estaba bien le hizo estremecerse.

—Solo tenía fiebre —respondió Christian al ver la expresión de Byron.

El móvil de Christian sonó. Era Sophie. Byron observó cómo Christian palidecía y estaba cada vez más nervioso. De un momento a otro, el teléfono de Christian estaba estampándose contra el suelo, provocando que la pantalla de éste se fracturara.

—¡Mierda! —Christian cogió las cosas con rabia mientras todo se le caía de las manos—. ¡Joder! —cayó de rodillas al suelo en el momento que entraba Nick, agarrándose la cabeza mientras lloraba.

—¿Qué pasa? —preguntó Nick confuso, viendo como Byron hacía ademán de levantarse, cayendo al lado de Christian.

—¿Quién era? —Byron estaba nervioso y había empezado a sudar mientras zarandeaba a Christian para que le contestara. Nick observaba la escena completamente paralizado—. ¡Habla!

—Era Sophie —contestó Christian intentando relajarse—. Lyla no está bien, tiene cuarenta y uno de fiebre y no hace más que agarrarse la cabeza y gritar —hizo una pausa mientras intentaba respirar con tranquilidad—. Viene para aquí.

—Vamos —dijo Nick reaccionando al fin. Ayudó a Byron a sentarse en una silla de ruedas y dejó que Christian lo empujara, saliendo de la habitación 204 hacia emergencias.

—¡Cálmate Lyla, por favor!

Sophie lloraba mientras intentaba sujetar a su hija en la parte trasera de la ambulancia. Lyla se retorció sobre su cuerpo e intentaba, sin pensarlo, arrancarse las vías que le administraban el medicamento necesario para acabar con ese espantoso dolor de cabeza.

Minutos después de llamar a Christian, llegaron al hospital. Allí esperaban los tres chicos preocupados. Christian, al ver el estado de Lyla, corrió a su lado tomándola de la mano mientras ésta seguía gritando. Byron quiso hacer lo mismo pero, a causa de la debilidad de su cuerpo, las piernas le

volvieron a fallar. Segundos después Lyla desapareció junto a los médicos. Sophie se dirigió a la sala de espera junto a los chicos, aguardando noticias.

Habían pasado tres horas desde que los médicos empezaron a trabajar con Lyla cuando la puerta se abrió y un doctor sonriente salió de la habitación.

—¿Familiares de la señorita Hale? —preguntó, dirigiéndose a Sophie, que se levantó y asintió—. Su hija está bien, ha sido una especie de migraña fuerte con algo de infección en la garganta, de ahí la fiebre. El dolor de cabeza fue provocado posiblemente por el estrés.

Sin pensarlo, Christian y Nick miraron a Byron, el cual estaba totalmente pálido.

—Soy culpable en gran parte... —fue lo único que le dio tiempo a susurrar antes de que la puerta volviera a abrirse y una enfermera saliera corriendo en dirección al doctor, que todavía hablaba con Sophie.

—¡Señor García! —su voz era ahogada debido al esfuerzo que había hecho para llegar lo antes posible. Intentó respirar.

—¿Qué pasa? —preguntó el doctor, dando paso a que todos prestaran atención.

—La paciente acaba de sufrir un paro cardíaco.

Byron sintió el mundo caer sobre él y su corazón se hizo trizas, como había sucedido segundos antes con el corazón de Lyla. Con las últimas palabras de la enfermera, el doctor corrió junto a ella dentro de la habitación.

## CAPÍTULO 5: Nuevo comienzo.

Habían pasado tres meses desde que Lyla había tenido el paro cardíaco y no había despertado después de la operación. Su estado al principio había sido crítico pero después se habla estabilizado, dejándola en un coma consciente.

Sophie había conseguido trabajo como dependienta para conseguir distraerse. Marcus seguía buscando pistas de Patrick y acabó en Londres, alojado en un hotel. Los chicos seguían yendo al colegio, haciendo una parada cada mediodía y cada tarde en el hospital. Byron había desaparecido durante las dos primeras semanas después de salir del hospital, totalmente recuperado.

Los dos meses siguientes Byron permaneció junto a Lyla durante todo el día; dormía, comía y, cuando las enfermeras desaparecían, se duchaba sin ser visto.

—¿Aún sigues aquí? —Preguntó Christian entrando con la ropa que Byron le había pedido—. Creí que habíamos acordado que una vez a la semana irías a casa.

—Me lo he pensado mejor —contestó Byron, mirando a Lyla con tristeza.

—Aclárame una cosa —dijo Christian mientras se sentaba en el borde de la cama—. ¿Estás aquí porque te sientes culpable? Sabes perfectamente que no tienes la culpa de nada... —Byron le interrumpió.

—Yo hice que me odiara y que se preocupara cuando ingresé aquí —hizo una pausa, frotándose el pelo—. Pero hay algo que me empuja a estar aquí, a su lado.

Christian observó lo demacrado que se encontraba Byron. Aunque ya había adelgazado por la bulimia, había mantenido su musculoso cuerpo y ahora sólo mantenía fuertes los brazos. Sus mejillas habían empezado a palidecer hasta tal punto que su tez era blanca como el marfil. Había perdido el brillo de los ojos y su espalda había empezado a encorvarse.

—Tal vez sientas algo por ella.

—Sabes tan bien como cualquiera que Byron Leclerck nunca ha visto a una chica más allá de un juguete, pero ella es tan diferente a todo...

Cuando Byron acabó de hablar, las máquinas que controlaban el estado de Lyla empezaron a sonar y vibrar. Christian corrió a buscar a una

enfermera y Byron tomó la mano de Lyla, inclinándose sobre ella. Notó la mano de ésta ceñirse a la suya y sonrió orgulloso de ser la primera persona a la que ella vería.

Poco a poco Lyla fue abriendo los ojos y encontró una mancha borrosa que se convirtió en la cara sonriente de Byron, aunque sus ojos aún reflejaban preocupación. Lyla sonrió al verlo a su lado y olvidó por completo la clase de persona que él había sido. En ese momento solo le importaba el hecho de que Byron había estado a su lado ya que había escuchado su voz durante días.

Christian entró corriendo en la habitación con un par de enfermeras tras él. Al ver a Lyla despierta corrió a abrazarla y Byron se separó para dejarle espacio. Cuando las enfermeras consiguieron separar a Christian, les hicieron salir y se quedaron a examinar el estado de Lyla.

—Eres un milagro del cielo cariño —dijo una mujer de unos cincuenta y tantos. Lyla sonrió al escuchar la voz que la había cuidado durante ese tiempo.

Media hora más tarde, llegó Sophie con la cara iluminada. Al entrar a la habitación 407, donde habían instalado a Lyla, la encontró toda decorada con globos y vio a los amigos de su hija con miles de regalos. Lágrimas de felicidad rodaron por sus mejillas. Observó la escena, donde Byron estaba sentado en la cama al lado de Lyla. Kathe, Beth y Anne estaban sentadas a los pies de la misma y Nick y Christian alrededor. Sophie decidió dejarse ver y vio el brillo en los ojos de su pequeña.

—Mami... —Lyla sólo pudo susurrar antes de ponerse a llorar. Extendió los brazos cuando su madre se acercó y se abrazaron fuertemente.

—Lo siento —dijo Sophie abrazándola con todas sus fuerzas—. No debería haber aceptado el trabajo, debería haber estado contigo —los ojos de Sophie se llenaron de lágrimas y Lyla negó.

—Es lo mejor que pudiste hacer —Lyla sonrió mientras miraba a Byron.

—Nosotros tenemos que irnos —dijo tímidamente Beth rompiendo el momento madre e hija—. Ya sabes, clases de tarde.

—Volveremos después —señaló Christian despidiéndose de Lyla y los demás imitaron su acción.

—Yo tengo que ir a trabajar mi vida, hacia las ocho intentará venir Marcus —sonrió al ver la sonrisa de su hija—. Vuelve a las siete —se despidió de Byron y Lyla y se marchó.

—¿Tú no te vas? —preguntó a Byron, viendo cómo se acomodaba en la silla.

—¿Me estás echando? —la voz de Byron era juguetona y con un toque de falso dolor. Rió al sentir el nerviosismo de Lyla.

—¡No, espera! No me refería a eso —dijo Lyla rápidamente observando que Byron se dirigía a la puerta con la chaqueta ya puesta—. No te vayas —dijo sin pensarlo y en seguida de ruborizó.

—Era broma, no voy a irme mientras estés aquí —Byron no hacía más que sonreír, se quitó la chaqueta y la depositó sobre la silla—. Bajaré a por algo de comer, ¿te apetece algo? —Lyla negó levemente y Byron sonrió pensativo—. ¿Cómo has dejado de odiarme? —preguntó curioso parado al lado de la puerta.

—Hoy empezaremos de cero —Lyla sonreía con dulzura y se encogió de hombros—. Quiero conocer al Byron que ha estado a mi lado estos días, no al que se esconde detrás de una masa de delitos.

Byron se ruborizó y salió de la habitación mirando al suelo. Lyla suspiró y se dejó caer sobre la cama, sonriendo para sus adentros, << ¿qué tiene este chico?>>. Suspiró de nuevo y se quedó dormida. El hecho de haber estado consciente durante el coma la había tenido alerta y no había descansado por miedo a no despertar, pero lo había hecho y se sentía una triunfadora.

Cuando Byron abrió la puerta, se encontró a Lyla con los ojos cerrados. Asustado, se acercó a ella con rapidez y al ver su cara de relajación, supo que estaba dormida.

No muy lejos de allí, en la facultad, las chicas esperaban a Christian y Nick para ir a ver a Lyla de nuevo. Cuando los chicos llegaron, Christian sonreía ampliamente.

—¿A qué se debe esa sonrisa? —preguntó Beth, mirando confusa a Christian.

—El cumpleaños de Lyla está cerca —Christian los miró a todos con un brillo especial en los ojos—. Y la Navidad también.

—¿Qué has pensado? —preguntó Anne emocionada.

—Bueno, las vacaciones empiezan en tres semanas y Lyla estará fuera en una —todos escuchaban expectantes—. Su cumpleaños es el uno de

enero y el baile de Navidad es el treinta y uno... —se quedó pensativo, provocando que los demás se desesperasen. Poco después prosiguió—. El director está buscando alguien que interprete las canciones y Lyla tiene una voz increíble —miró fijamente a las chicas—. Tenéis que conseguir que cante y la grabáis —ellas asintieron—. Nick y yo empezaremos a informar a los que decoran el gimnasio —hizo una pausa—. Cantar es su sueño, le encantará.

—¿Y qué le regalamos? —preguntó Nick mirando a todos.

—En este rato he pensado que cada uno podría hacerle un detalle y entre todos un "no me olvides" de plata con nuestras iniciales y dándole las gracias por estar a nuestro lado —Kathe tomó aire, intentando recuperar el que había perdido.

Todos apoyaron la idea de Kathe y ésta le envió un mensaje a Byron, que contestó afirmativamente en seguida. Juntos, tomaron rumbo hacia el hospital para pasar la tarde con Lyla, hablando orgullosos de su idea.

Nadie sabía el daño que aquello provocaría.

## CAPÍTULO 6: Cada vez más cerca.

**Sábado, 16:00 pm.**

Lyla despertó de un profundo sueño, recorrió la habitación cautelosamente y se encontró sola. Seguramente Byron no había cambiado, había estado con ella por pena y ya se había cansado. Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas en el momento que Marcus entraba, parpadeó y secó las gotas que cayeron.

—¡Al fin despiertas, pequeña! —Marcus apoyó el café que traía sobre la mesa y besó la frente de ella—. Había ido a llevar a Byron a descansar a su casa —sonrió mirándola—. Es un testarudo.

—Eso parece —Lyla se relajó al saber que se había marchado por su bien y, además, obligado—. ¿Cómo te ha ido la conferencia en Londres?

—Oh, bien. Bueno, aburrida, ya sabes —Marcus rió nerviosamente, realmente se le daba mal mentir.

—Claro.

Lyla desvió la mirada y encontró una caja con un gran lazo, miró a Marcus y éste le hizo un gesto para que la abriera. Lyla se recostó sobre su brazo y alcanzó la caja, posándola sobre sus piernas. Comprobó que apenas pesaba y, después de pensarlo, la abrió. Dentro de ésta encontró un sencillo vestido blanco palabra de honor con una banda rosa a modo de cinturón y unos zapatos rosas a juego. Al verlo, Lyla recordó que pronto sería el baile de Navidad. Sonrió para sus adentros, cogió la nota que había dentro de la caja y empezó a leerla mientras unas lágrimas rodaban por sus mejillas debido a la emoción.

*"Pronto saldrás de ahí, tendrás que asistir al baile y deslumbrar con tu belleza. Sabía que te preocuparía el hecho de no tener tiempo de ir a por tu vestido, así que me he tomado la libertad de ir y escogerlo yo. Sé que te quedará precioso. Te quiero. Mamá."*



Las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas y abrazó el vestido con cariño antes de guardarlo de nuevo en su caja. Mientras guardaba el vestido, una enfermera entró con unos papeles y una radiante sonrisa.

—Tiene que firmar para poder darle el alta a la paciente —dijo la mujer entregándole los papeles a Marcus.

Marcus firmó los papeles con rapidez y una gran alegría. Después de hacerlo, le extendió la ropa a Lyla y salió de la habitación para que pudiera cambiarse. Recogió sus pertenencias y salió cargada con un pequeño bolso que Sophie le había llevado días antes con algunas mudas limpias. Al salir de la habitación se dio cuenta de que solo Marcus la esperaba, todos sabían que hoy saldría de allí y nadie había ido a verla. Agachó la cabeza desilusionada y se dispuso a salir del hospital. El coche de Marcus esperaba fuera y ambos se subieron para emprender un largo viaje hasta casa.

Cuarenta y cinco minutos después llegaron a casa y todo parecía normal hasta que Lyla abrió la puerta y la música empezó a sonar con fuerza. Marcus encendió la luz y un grito inundó el comedor. Byron apareció acompañado de Christian y Nick aguantando una gran pancarta en la que podía leerse en letras doradas: Bienvenida a casa. De un momento a otro la sala se llenó de gente que salía de detrás de los muebles y de las habitaciones. Abrazó y agradeció aquello a cada uno de ellos mientras lloraba de alegría. Sophie la animó a dejar de llorar y divertirse con sus amigos después de haberlo pasado tan mal.

Lyla bailó, lloró de nuevo y rió durante toda la tarde y parte de la noche hasta que Byron le pidió que la acompañase al jardín del edificio.

—¿Qué hacemos aquí? —Preguntó Lyla confusa mientras se sentaba en un banco, bajo la luz de la Luna—. ¿Estás bien? —preguntó preocupada mientras Byron caminaba nervioso a su alrededor.

—He pasado tanto miedo estos días —susurró de repente y se sentó al lado de Lyla, abrazándola con ternura—. En estos días me he dado cuenta de una cosa y no creo poder, ni quiero, seguir ocultándolo más —miró a los ojos de Lyla y suspiró—. Todo el mundo cree que soy un idiota, que no valgo un duro y que solo sé jugar con las personas, pero esa es la máscara que utilizo. Lo único que tengo es miedo. Tengo miedo de querer a una persona, darle lo mejor de mí y que luego esa persona me deje tirado. Pero al conocerte, al verte por primera vez, comprendí que no debo tener miedo —acarició la mejilla de Lyla con suavidad, tomando aire—. Ahora puedo decir

con seguridad que estoy enamorado de ti.

En ese momento Lyla palideció de repente para poco después ponerse completamente roja. Desvió la mirada avergonzada por el momento que estaba viviendo. Byron acunó la cara de ella entre sus manos y, cerrando los ojos con una gran sonrisa, besó los labios de Lyla con delicadeza. Cuando Lyla por fin reaccionó, siguió el beso que tanto había esperado, sintiéndose en una nube. Al separarse, Byron se la quedó mirando fijamente a los ojos.

—Sé que no seré el chico perfecto, ni el más atractivo, ni el más listo, pero quiero ser tu chico y hacerte feliz. —tomó la mano de Lyla y la besó con delicadeza—. Eres todo lo que he soñado y quiero que estés conmigo. Te necesito —sonrió al ver el brillo de los ojos de su enamorada y juntó su frente con la de ella—. Sé que suena infantil pero, ¿quieres ser mi novia?

—Sí —Lyla asintió levemente y depositó un dulce beso en sus labios—. Y no es infantil, es lo más bonito que me han dicho en la vida.

Habían pasado tres días desde aquel momento y los preparativos para el baile ya se estaban realizando desde el lunes. Con gran esfuerzo, Anne, Kathe y Beth consiguieron que Lyla cantara y la grabaron sin levantar sospechas. Las chicas se dirigieron al día siguiente al despacho del director para ofrecerle la grabación. Éste, al escucharla, lloró de la emoción y anunció por megafonía que Lyla Hale sería quien actuara en el baile. Lyla estaba en clase y gritó emocionada cuando escuchó las palabras del director. Quedaban dos días para el baile y sabía perfectamente que cantaría.

Con muchos nervios pero a la vez muchas ganas, llegó el día que tanto habían esperado. Las chicas habían optado por vestirse todas en casa de Lyla y los chicos las esperarían en el colegio. Eran poco caballerosos. Cuando después de más de tres horas encerradas en la habitación salieron, Sophie y Marcus las esperaban para ir con ellas al baile, ya que no iban a perderse a Lyla en su primera actuación.

Al llegar la alegría adolescente se palpaba en el aire y pronto todos estaban bailando y riendo. El momento llegó y Lyla subió al escenario. No estaba nerviosa. Sentía que estaba en su casa, haciendo lo que más le gustaba.

—Cantaré una canción de Demi Lovato —todos aplaudieron—. Se llama *Give you heart a break* y se la dedico al chico que tenía miedo a enamorarse de mí —sonrió mientras miraba a Byron, quien no sabía dónde

meterse.

Lyla cantó con el corazón e hizo llorar a más de media sala. Cuando terminó Byron se abalanzó sobre ella y la besó con cariño, sin importarle quien les viese. La abrazó con fuerza y escondió su cabeza en el cuello de ella.

—Ahora sé que contigo no debo tener miedo.

La noche pasó entre risas mientras todos bailaban y Lyla cantaba en el escenario. Cuando llegaron las doce menos diez de la noche, todos se prepararon para dar la bienvenida al nuevo año y al cumpleaños de Lyla. A las doce en punto todos gritaron al unísono y los chicos del grupo le dieron sus respectivos regalos.

Todo parecía perfecto, pero nadie se percató de que alguien rondaba por el gimnasio y había tomado detalle de cada punto de la actuación de Lyla.

Los días pasaban y por las calles se encontraban carteles de todo tipo anunciando la nueva sensación, Lyla. Muchos periodistas habían irrumpido en su casa los siguientes días pidiendo que realizase una entrevista o pidiendo que cantase en algún evento. El teléfono de casa de Marcus no dejaba de sonar debido a las discográficas que reclamaban el talento de Lyla.

El peligro estaba cada vez más cerca y tan solo por un noble periodista que quiso lanzar a la fama a nuestra protagonista.

## CAPÍTULO 7: Patrick.

### Dos meses después.

Algo lejos de Madrid, en Londres, un hombre misterioso y encapuchado esperaba en el aeropuerto a que su avión aterrizase y le condujese a España. Volvería a verla, la tendría entre sus brazos y no la dejaría escapar. Junto con su fiel seguidor, Leo, subió al avión aterrando a la gente que pasaba por su lado y era normal. Iba vestido de negro de pies a cabeza literalmente, ya que una capucha cubría su cabeza y parte de su rostro. Sonreía orgulloso cuando la gente se alejaba, mostrando unos grandes y afilados colmillos blancos.

—Jefe, creo que es suficiente —protestó Leo mientras tomaba asiento—. Conseguiré que nos echen del avión.

—Tienes razón, duende —refunfuñó mientras se sentaba junto a su acompañante, quitándose el largo abrigo y volviendo a parecer una persona normal—. Mi regreso está cerca —sonrió ampliamente y miró sus manos de manera impaciente—. No veo el momento de aterrizar y quitarle a Sophie a mi hija de entre sus manos.

—Tenga paciencia, acuérdesse del plan —le recordó Leo, entregándole el pequeño cartel donde hablaban de la actuación de Lyla—. Piense que si no fuese por esto no la habría encontrado jamás.

—De nuevo tienes razón —estiró las palabras, mirando fijamente a Leo—. Tengo que acercarme a Lyla, si Sophie o Marcus andan cerca me reconocerán, incluso si Christian merodea a su alrededor lo hará, lo tienen bien preparado.

El viaje se les pasó rápido dado que no paraban de perfeccionar su astuto plan. Esperarían dos días hasta que llegase el sábado. Lyla tenía una presentación en un bar musical ese día y habría demasiada gente como para que Sophie notase su presencia. Pronto le arrebataría a su ex mujer su tesoro más preciado, igual que hizo ella una vez.

—Leo, ¿dónde están los perros? —preguntó Patrick alarmado una vez que pisaron el aeropuerto de Madrid.

—Los mandaron en una furgoneta, son demasiado agresivos para mandarlos con los demás animales —informó Leo, buscando a su alrededor algún vehículo que les condujese al motel donde habían quedado para que le entregasen los perros.

Cuando por fin localizaron un Taxi disponible, subieron su escaso equipaje y se adentraron en las calles de Madrid hasta llegar al motel. Una vez allí, observaron que la furgoneta les esperaba y que los perros estaban más enrabados que nunca. Todo por el puro efecto de la sangre humana en ellos. Si Sophie intentaba intervenir, los perros olerían la sangre que habían estado bebiendo durante años y la matarían sin piedad. Todo un plan perfecto.

No muy lejos de allí, Lyla caminaba tomando la mano de Byron. Se encontraban en un parque, donde los niños gritaban y corrían mientras jugaban. Decidieron sentarse en la hierba, en un lugar un tanto alejado para no escuchar los gritos y pensaron en descansar. Lyla se recostó sobre las piernas de Byron, que decidió sentarse apoyado en un árbol.

—Aún no me creo que dijese que sí —suspiró Byron acariciando el cabello de Lyla.

—¿Por qué iba a perder una gran oportunidad? —sonrió ella mirándole a los ojos.

—Desde que me viste por primera vez pensaste que era un idiota, un engreído, un mal educado, un gamberro, un... —se vio interrumpido por los labios de Lyla presionando contra los suyos y sonrió sobre ellos—. Me ha quedado claro.

—Perfecto —sonrió dulcemente y le besó de nuevo, acariciando su pelo con suavidad.

—Vale tortolitos, ya vale —la voz de Christian les sacó de su momento mágico y ambos le miraron con cara de pocos amigos—. Tenemos que ir al bar para prepararlo un poco antes del sábado.

—Cierto —Lyla llevó la mano a su frente, estaba agotada—. Esto de realizar tu sueño es agotador.

Los tres se encaminaron al bar y allí se encontraron con los demás, incluidos Sophie y Marcus. Al llegar, Christian se alejó con Marcus y Sophie ya que ambos adultos estaban nerviosos.

—Patrick está aquí —dijo Sophie con voz temblorosa—. Ha pasado por aquí, no podemos dejar que Lyla se exponga.

—Tampoco podemos romper su sueño —repuso Marcus, apretando el hombro de Sophie—. No dejarán que entre y después del sábado nos

iremos.

—No podemos huir siempre, hay que enfrentarlo —Sophie lloraba de rabia y apretaba los puños a ambos lados de sus caderas—. Estoy cansada de huir con mi pequeña.

—¿Y qué podemos hacer, entregarlo a la policía? Sabemos que no duraría ni dos minutos bajo su arresto —Christian se encontraba totalmente agotado, un mal presentimiento inundaba su interior—. Protegeré a Lyla hasta que demos con la forma de acabar con él.

—¿Ocurre algo? —preguntó Lyla apareciendo de la nada y abrazándose a Christian.

—Hubo un fallo con la acústica, pero lo hemos solucionado —intervino rápidamente Sophie antes de que Marcus empezase a tartamudear.

Los días pasaron y llegó el día tan esperado para todos. Unos realizarían su sueño, otros empezarían su venganza y otros empezarían una batalla difícil de vencer y terminar.

## CAPÍTULO 8: Estuvo cerca.

Eran cerca de las cinco de la tarde y Lyla se encontraba con sus tres chicas en la habitación de su propia casa, con el armario abierto de par en par, un montón de ropa extendida por toda la habitación y una toalla envuelta en su cuerpo.

—¿Aún no te decides? —dijo Anne bufando, mirando el reloj de su móvil—. Llevamos aquí desde las tres.

—Tampoco es que me ayudéis mucho, solo habéis desastrado mi habitación para luego sentaros a mirar —Lyla respondió burlonamente, recibiendo un asentimiento de cabeza de Beth como respuesta.

—Ella tiene razón, ninguna está contribuyendo a la causa —esa última palabra hizo estallar a todas en una carcajada, negando con la cabeza poco después.

—Ambas tenéis razón —Kathe se levantó de la cama y se alzó el pelo en un moño—. Manos a la obra.

Entre las cuatro, empezaron a ordenar la ropa encima de la cama; primero por colores y luego por conjuntos, pero nada les agradaba lo suficiente como para que Lyla triunfara en lo alto de un escenario. Tras más de dos horas buscando se dieron por vencidas y decidieron ir a comprar algo al centro comercial más cercano, pero alguien picó a la puerta de la habitación.

—Cariño, ¿puedo pasar? —la voz de Sophie sonó dulce y tranquila, tal y como siempre era ella. Lyla corrió hacia la puerta para abrirla.

—Sabes que no tienes que pedir permiso —sonrió y dejó espacio entre ella y la puerta para que su madre fuese capaz de entrar.

—El caso es que os he oído —Sophie se sentó en la cama, ocultando algo metido dentro de una bolsa entre sus brazos—. Y creo que tengo algo perfecto para ti.

Sonriendo como nunca, sacó de la bolsa un vestido no muy ajustado de color dorado y se lo mostró a Lyla. Corriendo se metió en el baño, salió con él puesto y lo conjuntó con unos zapatos de tacón de más o menos el mismo color.

—Ya estamos listas —todas rieron y después de cambiarse, bajaron al salón a ver una película.

Había llegado el día del concierto y Lyla se encontraba temblando

detrás del escenario. Sus mejillas estaban completamente sonrojadas y su frente estaba cubierta de sudor. Era su momento y no podía fallar. Byron permaneció a su lado todo el tiempo mientras grupos de jóvenes, conocidos y personas de todas las edades se acomodaban en las sillas y mesas del bar. Notando el nerviosismo de Lyla, Byron la envolvió en sus brazos, presionando sus labios contra la frente de ella.

—Todo irá bien, sabes que estoy detrás de ti tocando la guitarra y dándote fuerza —Lyla solo asintió, demasiado nerviosa para hablar y depositó un suave beso en los labios del chico que se había convertido en el amor de su vida.

—Cinco minutos señorita Hale —habló una voz grave. Lyla empezó a temblar.

—Confía en mí, ¿vale? —Susurró Byron besando su mejilla—. Todo irá bien. —y con esas palabras de aliento salió al escenario para preparar su guitarra.

Christian apareció detrás del escenario y abrazó a Lyla con fuerzas, sabiendo que todo podía torcerse de un momento a otro. Minutos antes habían visto a Patrick y a su hombre rondar por la zona, pero decidieron no hacer un espectáculo de todo aquello.

—Si ves que algo va mal, solo corre —Christian miraba fijamente los ojos de Lyla, mirándola con preocupación y cariño.

—¿Cómo algo mal? —Lyla empezó a temblar de nuevo, sin saber a qué se podía estar refiriendo. Christian se dio cuenta e intentó arreglar lo que había dicho.

—Ya sabes —rió nervioso—. Es un bar, la gente bebe. Quizás alguno se vuelva loco e intente algo contra ti —sonrió dulcemente, dándole fuerzas a su mejor amiga.

—Está bien... —dijo ésta muy convencida y, tras un leve empujón por parte de Christian salió al escenario, donde todos la vitorearon.

Intentando calmarse mientras todo su cuerpo temblaba, empezó a cantar con un susurro casi inaudible pero poco a poco se fue relajando y se pudo centrar en su actuación. A lo lejos del salón se encontraban Christian y Marcus, demasiado cerca de la puerta como para que algo fuese bien, por suerte Lyla no se percató. Pasadas dos canciones Sophie corrió agitada hacia ellos, diciéndoles que Patrick había asesinado a los guardias traseros y había entrado por allí con su fiel seguidor. Sin pensarlo dos veces, Christian se escabulló entre la gente y corrió hacia donde Sophie había indicado por



última vez y allí le encontró. Ambos estaban por primera vez cara a cara.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —Dijo burlescamente Patrick mientras caminaba alrededor de Christian—. Si es el pequeño y enclenque Christian, ¿dónde has dejado tu cuerpo de niña, chico?

—Me deshice de él tan rápido como lo haré contigo —la ira se reflejaba claramente en la voz de éste, intentando controlarse para no montar un espectáculo en aquel lugar poco alejado de la ruidosa multitud.

—No pensé que serías tú quien vendría a matarme —una sonrisa sádica se formó en el rostro de Patrick, dejando claras sus intenciones. Quería jugar con la mente de Christian para quitárselo pronto de encima—. Pero, cómo pude no pensarlo, era obvio que el chico que lleva toda una vida enamorado de mi hija saldría en su defensa, ¿no es así? —El rostro de Christian se endureció ante sus palabras y sus puños se apretaron a sus costados—. Es una pena que ella haya decidido enamorarse de otra persona y tenerte solo como a una marioneta, con la que puede jugar cuando quiera —la risa hueca de Patrick hizo salir de sus casillas a Christian, que se abalanzó hacia él, dándole un puñetazo en la nariz que claramente Patrick no esperaba—. Te arrepentirás de todo esto —justo cuando iba a abalanzarse sobre él unas sirenas sonaron en la calle, probablemente debido a una llamada de alguien del bar al ver la pelea o al descubrir los cuerpos de los guardias—. ¡Estás muerto chico!

—No te tengo ningún miedo —la voz de Christian sonó dura, adulta y con esto Patrick desapareció entre las sombras.

Sophie y Marcus llegaron poco después totalmente agitados, Lyla por suerte no había visto nada y seguía sobre el escenario. Entre los tres intentaron localizar a Patrick pero no obtuvieron el resultado esperado.

—Estuvo cerca —Sophie suspiró y se dirigió hacia donde estaban todos viendo a su pequeña cumplir su sueño.

## CAPÍTULO 9: Una nueva rutina.

Hacía varias semanas que Lyla había triunfado en aquel bar y que Patrick había dejado de estorbar. Quizás el enfrentamiento con Christian le hizo recapacitar. Quién sabe. De momento los chicos empezaban de nuevo en la universidad y los nervios afloraban en el pecho de Lyla debido a que no sabía qué se iba a encontrar al llegar.

—No tienes que tener miedo pequeña —decía Byron mientras besaba su frente con cariño, mirándola poco después a los ojos.

—Después de haber cantado, haber salido en millones de carteles, tengo miedo de como puedan reaccionar nuestros compañeros —Lyla suspiró y se sentó en un banco de la calle—. Siempre me han tratado como si fuera inferior y ahora no sé qué... —sus palabras se vieron interrumpidas por un beso de Byron, que le sonrió tiernamente poco después—. Vale.

Byron pasó cinco minutos más convenciendo a Lyla de que todo iría bien y por fin consiguió convencerla para ir hacia la facultad. Al llegar, la cara de Lyla fue épica junto con la de sus amigos que estaban igual o más confusos. De las ventanas colgaban carteles con fotos de Lyla en el concierto del bar o frases animándola a que siguiera con su sueño. Los ojos de Lyla se llenaron de lágrimas y todos sus compañeros empezaron a aplaudir. Una nueva rutina había empezado.

Las clases pasaron más lentas que de costumbre y es que cuando vuelves de vacaciones, lo aburrido pasa más lento. Cuando por fin salieron, decidieron ir todos a casa de Lyla a ver películas ya que al día siguiente habría una salida a la que no asistiría ninguno. Christian se encontraba más preocupado de lo normal y Lyla, conociéndolo, lo notó en seguida.

—¿Qué va mal? —preguntó Lyla con una sonrisa mientras abrazaba por la cintura a su mejor amigo.

—¿Qué? —Preguntó éste saliendo de su trance—. Nada, no te preocupes.

Lyla se alejó de él con una mueca de confusión y se juntó de nuevo con las chicas. Intentó sacarle información a alguna de ellas, pero sabían incluso menos que ésta. Llegaron a casa de Lyla y se encontraron con que no había nadie allí. Decidieron pedir unas pizzas e intentar distraerse después del día que habían tenido, demasiado completo para ser el primero. Christian miraba a su alrededor con nerviosismo y pronto Nick y Byron se dieron

cuenta. Lo apartaron de las chicas y se encerraron en la habitación de invitados.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó Nick mirando fijamente a Christian con los brazos cruzados sobre su pecho.

—¿Qué? Nada, yo solo... —antes de que Christian pudiese acabar la frase se vio interrumpido por Byron.

—¿Estás cansado? —Christian asintió, desviando la mirada—. ¿De qué hermano? Los entrenamientos no empiezan hasta dentro de una semana —Byron clavó sus ojos en los de Christian, los cuales se oscurecieron poco después.

—Lyla está en peligro —la expresión de Byron endureció en milésimas de segundos. Su puño voló por la sala hasta aterrizar contra la pared y sus nudillos empezaron a sangrar con levedad—. Su padre maltrataba a su madre cuando ella era pequeña. Guardaba su sangre en frascos con los que luego alimentaba a dos perros salvajes, así si Sophie intentaba proteger a su hija los perros acabarían con ella. Sophie consiguió llevársela lejos de él y la puso bajo la protección de Marcus —los puños de los tres chicos se apretaban con fuerza a sus costados. Byron tenía la mirada fija en el suelo, mientras caminaba por la habitación—. Cuando conseguimos que cantase en el colegio, los periodistas que había allí colgaron fotos y anuncios de ella por toda la ciudad. La noticia se extendió rápidamente y llegó a los oídos del desgraciado de Patrick —Christian apretó los ojos con fuerza, intentando contener su rabia—. No podemos protegerla más tiempo.

—¿Por qué no me dijiste nada? —Byron sacó todo el aire que había estado conteniendo en sus pulmones e intentó no gritar. Lo último que quería era que Lyla se enterase de aquello. Nick permanecía callado, absorto en sus pensamientos.

—Sophie no quería implicar a nadie —Christian habló con frialdad mientras recordaba el rostro de Patrick cuando se enfrentaron—. Llevo años entrenándome para enfrentarme a él. Patrick juega con tu mente y te destruye desde dentro antes de acabar contigo.

—Empezaré a entrenar contigo.

El silencio se hizo en la habitación y Byron en ese momento se dio cuenta de que haría cualquier cosa para proteger a Lyla.

Sophie y Marcus aguardaban dentro del coche mientras observaban todos los movimientos que ejecutaban Patrick y Leo dentro del hostel donde

se hospedaban. Habían permanecido allí durante horas mientras intentaban averiguar que tenían aquellos dos entre manos, pero no habían conseguido nada.

—Parece que simplemente pasan el día —comentó Sophie con voz cansada. Sus ojos reflejaban la agonía que había padecido durante días.

—Cuando estuve en Londres actuaba igual —Marcus suspiró, apoyando la cabeza sobre el respaldo del asiento—. Se pasan el día en la habitación comiendo, bebiendo, a veces jugando... —miró hacia la ventana que llevaban horas observando y entrecerró los ojos—. A veces pienso que tienen a alguien por debajo que les organiza los golpes.

—¡Claro! —Sophie dio un leve salto en su asiento y miró con ojos esperanzados a Marcus—. Quizás no estemos vigilando a quien debemos vigilar.

—Pero Leo siempre va con él —Marcus se frotó la cara con energía, intentando aclarar sus ideas—. Debemos seguirlos la próxima vez que salgan del edificio, quizás se reúnan con alguien —sus ojos se oscurecieron y un horrible pensamiento cruzó por su mente—. Quizás esa persona tenga vigilada de cerca a Lyla.

## CAPÍTULO 10: A contra corriente.

En un lugar muy alejado de la ciudad, donde la oscuridad se cierne sobre ti tanto de día como de noche, donde el frío cala tus huesos y tu alma grita con fuerzas para escapar de tu cuerpo, se encontraba un hombre no muy alto pero robusto. Un extraño poco agraciado a los ojos de la gente. Su cuerpo estaba encorvado, sus músculos provocaban pequeños cortes en su camisa y su mueca espantaba a todo aquel que por su lado pasase.

Llevaba horas esperando a su protector. Bajo el frío del invierno él no sentía nada, era demasiado fuerte y cruel para sentir algo que no fuera ganas de hacer daño a la gente.

—Mike, estás aquí —una voz resonó por todo el callejón. El robusto hombre se giró sobresaltado pero se tranquilizó al ver quien le hablaba.

—Jefe —hizo un pequeño asentimiento con la cabeza a modo de saludo y se quedó bajo las sombras, tal y como tenía ordenado desde bien pequeño.

*—Mike, no puedes mostrarte a la gente —la voz de su protector sonaba dura y seca, mientras pequeñas lágrimas caían de los ojos del pequeño—. Eres lo más parecido a un monstruo y si la gente te descubre te llevarán a algún laboratorio o algo peor.*

*El pequeño solo lloraba en la esquina de su habitación. Minutos antes había visto unos niños jugar en el parque que quedaba frente a su casa y quiso salir, pero su protector se lo impidió con aquellas duras palabras.*

—He buscado la forma de que puedas acercarte a mi hija y que no sospechen que eres parte de algún plan mío —la voz de Patrick era fría y dura, una voz que provocaría miedo a cualquiera, menos al acostumbrado Mike—. Tengo un infiltrado en su grupo y él te ayudará en todo, solo tendréis que sedarla y llevarla al bosque. Ella siempre ha sido muy fantasiosa y por tu aspecto creará que eres un gnomo o algo parecido.

—¿Quién va a ayudarme, señor? —la voz de Mike era apagada pero serena. Seguía escondiéndose bajo las sombras, por miedo a ser rechazado.

—Nick, acércate.

Nick apareció junto con Leo. Sus ojos estaban llenos de rabia y su mandíbula se apretaba con fuerza. Tenía los puños apretados a sus costados,

provocando que sus nudillos se tornaran blancos.

—Nick te ayudará a conseguir a Lyla y ambos me la traeréis, ¿verdad Nick? —Patrick miró con los ojos iluminados a su nueva adquisición. Disfrutaba viendo cómo temblaba y asentía frenéticamente, sabiendo que no podía negarse—. Perfecto.

*Patrick caminaba silencioso detrás de Nick mientras éste regresaba a su casa. Nadie lo sabía, nadie conocía su verdad. Nadie excepto Lyla. Nick vivía en la parte más pobre de Madrid. Compartía espacio con su madre, su padre, sus dos hermanas pequeñas, vagabundos, prostitutas, ratas... Patrick conocía muy bien su situación y la desesperación que él tenía por sacar a su familia de aquel ambiente. Le había estado investigando desde antes de llegar a Madrid y ahora sabía cómo meterlo bajo su falda.*

*—Hola Nick —la blanca sonrisa de Patrick iluminó la oscuridad. Nick se giró para verle y antes de poder preguntar quién era, Patrick se estaba explicando—. Soy el padre de Lyla, tu querida amiga. Me he enterado de que sabes a qué he venido y porqué, así que seré simple —los ojos de Nick se oscurecieron y la ira empezó a crecer en él—. Vas a ayudarme a arrancar de los brazos de Sophie a mi pequeña y conseguiré que tu familia salga de este tugurio —antes de que Nick pudiese abalanzarse sobre él y gritarle que nunca haría eso, Leo le agarró y Patrick siguió hablando—. Hazlo y te devolveré a tus hermanas sanas y salvas.*

*Entonces fue cuando Nick corrió a su "casa" y se encontró a sus padres llorando, rogándole que hiciera lo que Patrick le pedía. Sin poder negarse, suspiró frustrado y asintió.*

*—Nadaré contra corriente —susurró y desapareció en las sombras junto con su nuevo amo.*

Lejos de allí Lyla se divertía con los chicos en casa de Byron. Mientras las chicas jugaban alegres al twister, Byron y Christian permanecían tensos y en silencio, aguardando a que Nick llegase.

—¿Y si le ha pasado algo? —le susurró Christian a Byron mirando a las chicas—. No debí contaros nada, Patrick debe saber que lo sabéis todo.

—Cálmate tío, se habrá retrasado comprando la comida.

En ese justo momento sonó el timbre y al abrir la puerta entró un sonriente y sudoroso Nick cargado con más de seis cajas de pizzas.

—¿Una ayudita? —consiguió decir entre risas mientras los chicos le cogían las cajas. Miró nervioso a Lyla y se sentó en el sofá, tendría que fingir muy bien si quería a sus pequeñas de vuelta.

Pasaron el día entre risas y cuando llegó la hora de volver a casa Nick se ofreció para acompañar a Lyla aunque el camino durase menos de cinco minutos. Se despidieron de todos y emprendieron su camino. No iba a hacerlo aún, era demasiado arriesgado y la casa de Byron estaba demasiado cerca. Tendría que pensar la forma de colarse en su habitación, sedarla y sacarla él solo hasta el bosque sin levantar sospechas. Tendría que cuidar sus huellas, si Marcus había estado tanto tiempo detrás de Patrick tenía que entender sobre ello. Tendría que procurar no echarse atrás por miedo, era la única forma de recuperar a sus hermanas.

—¿Estás bien? —la voz de Lyla le sacó de sus pensamientos y él solo pudo asentir frenéticamente. Al alzar la vista vio que ya habían llegado a la casa de ésta—. Estáis muy raros los tres últimamente, malditas hormonas masculinas —y con una risita se despidió de él con un abrazo y entró canturreando a casa.

Nick no sabía cómo iba a ser capaz de hacer semejante cosa. Lyla fue la primera que le ayudó cuando todo iba mal. Le salvó de ser golpeado por Byron, lo cual habría resultado casi mortal. Había estado a su lado en los peores momentos. Había estado con sus hermanas cuando estaban enfermas.

—*No te vayas Lyla —la pequeña Megan le suplicaba con los ojos a la chica que se quedase con ellas—. Mary y yo te necesitamos, Nick es un pésimo cuidador.*

—*No os preocupéis princesas, mañana volveré —se despidió de ellas con un beso en la frente y se marchó.*

Así fue. Lyla estuvo asistiendo al lugar donde Nick vivía mientras sus hermanas estaban con una neumonía que podría haber sido mortal de no ser por los medicamentos que les proporcionaba Lyla y los cuidados que les daba. No le había juzgado. No le había abandonado. No le había delatado y ahora él la iba a llevar a una posible muerte.

## CAPÍTULO 11: Nada es lo que parece.

La historia de Nick no tiene un principio marcado, ni tampoco tiene un fin. Su vida nunca fue perfecta. Su padre era barrendero en la ciudad y nunca ganó un jornal lo bastante elevado como para mantener a su mujer y a su hijo, que ya iba a cumplir los seis años. Podría decirse que sus dos hermanas, Megan y Mary, que nacieron cinco años después, habían nacido por error, aunque en la época que nacieron parecía ser que la familia salía a flote de nuevo. La alegría duró poco. El padre de Nick fue despedido dos años más tarde del nacimiento de las pequeñas. Por entonces Nick solo tenía trece años y aunque lloraba cada noche, gritando que quería ayudar a su padre, era demasiado pequeño.

El tiempo pasó y se vieron obligados a vivir en la calle, donde prostitutas, vagabundos y drogadictos intentaban aprovecharse de ellos. Ellos eran fuertes y ni la miseria ni el hambre les hizo rendirse. Con el paso del tiempo Nick creció y empezó a trabajar junto a su padre en un bar donde se hacían apuestas y corrían grave peligro cada día. Eso no les importaba. Quizás no podrían pagarse un piso, pero si podían pagar la educación de sus hermanas y la suya propia.

Nick caminaba apresurado por las oscuras calles que llevaban a su "hogar". La culpa le invadía y cada vez se sentía más agobiado. *"¿Cómo voy a ser capaz de hacer esto? Lyla me importa demasiado y ella siempre ha sido respetuosa conmigo. Maldito cabrón.* Pensó en voz alta mientras caminaba confuso hasta que llegó a casa. Al apartar el cartón que ejercía de puerta y entrar se percató de que sus hermanas estaban allí, mirándole con gran ilusión. Nick corrió hacia ellas y, agachándose a la altura de éstas, las abrazó con fuerza.

—¿Estáis bien? —las pequeñas asintieron y volvieron a abrazar a su hermano, a su protector, porque al fin y al cabo eso era lo que Nick representaba para ellas.

Su padre llegó minutos después, acompañado de una mujer esbelta y con el pelo atado en un moño, su madre. Traían algo de comer y parecía ser pollo al ast, el que hacían en la esquina de la calle y que no valía nada. ¿Algo



muy barato y que esté bueno? Imposible. Comieron tranquilos, lo que se puede llamar "tranquilos" si tienes que estar observando a tu alrededor cada dos minutos para que ningún loco intente matarte.

El sentimiento de culpa que sentía Nick cada vez era más fuerte, más intenso y le dejaba pensar menos. De un momento a otro se vio corriendo en dirección a la casa de Lyla, donde, sin pensarlo, aporreó la puerta con fuerza hasta que esta abrió, mirándole totalmente confundida. Byron apareció segundos más tarde detrás de ella, abrazándola por la cintura.

—¿Qué pasa hermano? —dijo Byron mirando fijamente a Nick, sabiendo que había algo que debía decir.

—No tengo tiempo para hablar, solo ven y asegúrate de que Lyla lo tiene todo cerrado —la voz de Nick era fría y firme, él sabía que lo que iba a hacer podría perjudicar a su familia, pero arruinar la vida de alguien para salvar la suya, no tenía mucha lógica.

Lejos de allí, Patrick preparaba su estrategia junto con Leo y Mike y, por una vez en su vida, no sabía nada de lo que pasaba en el exterior.

—Nick es amigo de Lyla, por tanto no habrá dificultades para hacernos con ella —Patrick hablaba seguro de sí mismo y miraba fijamente a los ojos de Mike, el cual se encontraba fuera del foco de luz, evitando ser visto—. Esto va a ser más fácil de lo que pensábamos.

Mike asintió ante las palabras de su amo, pero su gesto pasó desapercibido debido a la escasa luz que le llegaba, provocando que solo sus pies quedasen visibles del todo.

Nick y Byron corrían como locos en dirección a la casa de Christian, esperando encontrarlo allí a altas horas de la madrugada. Cuando llegaron golpearon la puerta con fuerza y Christian salió adormilado. Le contaron todo lo ocurrido con Nick. Por un momento pareció que Christian quería matar con sus propias manos a Nick pero se contuvo y siguió escuchando.

—Debemos encontrar un sitio seguro para tu familia y luego empezar a vigilar todos y cada uno de los movimientos de Patrick —dijo Christian serio mientras caminaban a gran velocidad hacia el hogar de Nick.

—Seguiré al lado de Patrick para que no sospeche y así os informaré de sus planes —por una vez, la voz de Nick no temblaba y era totalmente firme y segura.

—Eso es ponerte en peligro, encontraremos otra manera —dijo Byron poniendo una mano en el hombro de su amigo, pero este la quitó enseguida.

—¡No! Es mi problema y es lo que quiero hacer.

Los tres se miraron fijamente y, después de un suspiro de resignación, Christian y Byron asintieron ante el plan de su amigo. Llegaron al lugar donde Nick pasaba sus días y se quedaron parados. Observaban a su alrededor sin poder creérselo, pero Nick solo se encogió de hombros.

—Deberías habernos dicho que necesitabas ayuda —la voz de Byron fue dura y Nick se estremeció por su tono—. Ya hablaremos de esto más tarde, ahora tenemos que sacar a tu familia de ahí.

Entraron con cuidado en la chabola por si Patrick rondaba cerca, para no levantar sospechas. Las hermanas de Nick dormían plácidamente y Byron y Christian las cogieron en brazos mientras Nick iba a avisar a sus padres y les contaba lo sucedido.

—Llamaré a Marcus para que me diga dónde podemos llevarlos —Christian habló mientras sacaba el teléfono de su bolsillo, sin soltar a la pequeña Mary. Byron asintió—. ¿Marcus? Soy Christian —hizo una pausa mientras Marcus hablaba, Christian resopló—. Sí estamos bien. El caso es que Patrick pilló desprevenido a Nick y lo convenció para que lo ayudase a ir a por Lyla pero Nick nos lo ha explicado todo y tenemos un plan —negó con la cabeza mientras Marcus le gritaba y este rodó los ojos—. Que sí, que estamos bien, estamos los tres juntos. Necesito un lugar donde la familia de Nick pueda estar a salvo de Patrick —Christian asintió mientras Marcus le explicaba dónde tenían que ir y poco después colgó—. Dice que hay una cabaña a las afueras de La Jarosa, tenemos una hora y media en coche. Tenemos tiempo suficiente de ir, dejarlos a salvo y volver con Lyla.

—¿Qué vamos a decirle a Lyla? —preguntó Byron confuso, recordando las palabras de Nick mientras le ordenaba que comprobara que todo estaba cerrado.

—Que había un violador en la zona —la voz del padre de Nick resonó en los oídos de los chicos e inmediatamente se giraron con las niñas en sus brazos—. Gracias por lo que estáis haciendo.

—No hay de qué señor Smith, es lo mínimo que podemos hacer.

Con esas últimas palabras salieron de aquel tugurio y se dirigieron a casa de Christian para coger su coche y salir de allí cuanto antes. Una hora y media más tarde, tal y como habían calculado, llegaron a la cabaña y dejaron

a los padres de Nick acomodarse, ya pensarían más tarde que explicación le daría éste a Patrick. El teléfono de Nick empezó a sonar y todos le miraron alarmados.

—¿Señor Patrick? —el corazón de los chicos se encogió y Nick tragó saliva—. Mis padres se han ido de viaje a casa de sus hermanas tal y como les dijiste —todos asintieron, al parecer Patrick quería a la familia lejos—. Sí, solo he ido a acompañarlos. En un rato estoy en esa dirección.

—Al parecer todo va bien —la sonrisa de Christian iluminó la sala, pero el rostro de Byron se ensombreció.

—Lyla lleva demasiado tiempo sola.

Y dicho esto, salieron de allí como alma que lleva el diablo.

## CAPÍTULO 12: Presentimientos.

—¡Por lo que más quieras Christian, acelera! —Byron miraba a Christian totalmente irritado. Sus manos se movían nerviosas sobre su regazo y un sudor frío le recorría la espalda.

—Créeme si te digo que lo haría —Christian hizo una pausa para mirarlo y devolver la vista al frente—. Pero esta mierda no da para más.

Los nervios y la tensión eran cada vez más evidentes en ese coche. Mientras Christian se saltaba todas las señales posibles, intentando evitar poner a alguien en peligro, Byron se removía incómodo en el asiento del copiloto, a punto de saltar del coche. Nick se encontraba en la misma situación que Byron, añadiendo la culpa por lo que le podía suceder a Lyla en los próximos minutos, o lo que le podría haber pasado ya.

Veinte minutos después estaban en la puerta del apartamento de Marcus. Byron salió corriendo del coche segundos antes de que éste parase y se precipitó sobre la puerta, abriéndola con un golpe seco. Se adentró en el salón y se encontró con Lyla en una esquina, sollozando con las manos sobre su rostro.

—Princesa... —Byron se acercó a ella y se sentó a su lado, abrazándola con fuerza—. ¿Qué ha pasado?

—Mi madre me lo ha contado todo —aspiró con fuerza por la nariz a la vez que sollozaba de nuevo—. No entiendo cómo ha podido ocultarme algo así durante tanto tiempo, ¿cómo me lo habéis ocultado todos? —Los ojos de Lyla se llenaron de lágrimas de nuevo cuando Nick y Christian atravesaron el umbral del salón—. Necesito que os vayáis, tengo que hablar con Byron.

La voz de Lyla era fría y toda la dulzura había desaparecido de ella. Byron asintió en dirección a los chicos en forma de despedida. Se levantó de su sitio y tomó a Lyla en brazos como si de una princesa se tratase, llevándola al sofá y sentándose junto a ella.

—Lyla... —Byron intentó explicar su situación, pero ella le calló con un solo dedo.

—Mira Byron, sé en qué situación estoy ¿vale? No necesito que vengáis ahora a cubrirme ni defenderme, si él viene a por mí, sabré como enfrentarlo —Byron quiso interrumpirle, pero ella no le dejó—. No quiero veros implicados en esto, es mi vida la que está patas arriba no la vuestra y

mucho menos la tuya. Durante las dos horas que he estado aquí he tomado una decisión —Byron cogió la mano de Lyla y la apretó con fuerza, temiendo lo que venía a continuación—. Es mejor que nos mantengamos separados, te amo pero no puedo estar contigo sabiendo que él puede venir a por mí y tú estarás en medio —tanto los ojos de Lyla como los de Byron se aguaron de un momento a otro.

—No puedes hacerme esto, joder Lyla... —Byron cogió la cara de Lyla entre sus manos y le hizo mirarle a los ojos—. Solo me alejaré de ti el día que digas que has dejado de amarme, ese día recogeré los pedazos de mi corazón roto y me iré sin mirar atrás.

—Yo... yo... —de un momento a otro Lyla estaba envuelta en los brazos de Byron mientras lloraba desconsoladamente, negando repetidas veces con su cabeza—. No puedo decir algo que no es cierto.

—Entonces mírame y confía en mí cuando te digo que todo saldrá bien —Byron tomó el mentón de Lyla con dos dedos e hizo que lo mirase directamente a los ojos, los cuales reflejaban todo el amor que sentía por ella.

Lyla se limitó a asentir y Byron la rodeó con sus brazos, estrechándola contra su pecho con toda su fuerza, intentando no apretarla demasiado. Acariciaba su espalda con dulzura y Lyla alzó su cabeza para besar los labios del chico con dulzura. Byron permanecía con ella sobre su pecho, sin dejar de acariciar su espalda, pero el beso se fue intensificando con el paso de los segundos. Un beso efusivo y apasionado que llevaría a cualquier adolescente a la locura, pero no a ellos. En ese beso, ambos demostraban las ganas que tenían de permanecer eternamente junto al otro, las ganas de vivir una vida de risas y alegría. Cuando el beso llegó a límites insuperables, Byron cogió a Lyla en sus brazos y la llevó con él a la habitación de ella. La recostó sobre la cama y se puso con cuidado sobre ella. Lyla sentía el nerviosismo correr por sus venas y miró a Byron fijamente.

—Byron yo... Yo nunca... —sus entrecortadas palabras fueron interrumpidas por los labios de Byron, que sonreía sin parar, mostrando su felicidad.

—Yo tampoco.

Lyla sintió que su corazón daba un vuelco. Su chico, el que algún día había sido el "malo", el que llevaba a todas de calle, jamás había llegado a nada con ninguna. Ella enrojeció a más no poder, pensando que esa sería la primera vez para ambos. Byron se quitó la camisa con rapidez y dejó que cayese al suelo, luego ayudó a Lyla, que al estar debajo le era más difícil

deshacerse de su jersey. Los besos volvieron y con ellos aparecieron dulces caricias, que se fueron convirtiendo en pequeños toques de placer. Ambos estaban nerviosos, sería su primera vez, pero no tenían miedo. Se amaban. Poco después ambos se encontraban desnudos el uno junto al otro, piel con piel y toda la noche disfrutaron de sentirse amados el uno por el otro.

Los rayos de sol que entraban por la ventana despertaron a Byron y al ver a Lyla, envuelta en las sábanas, durmiendo junto a él, no pudo evitar sonreír. Sentía miedo de perderla, de que Patrick consiguiera hacerse con su cometido, pero ella era suya y la protegería con su vida. Se levantó y se vistió con el propósito de prepararle el desayuno a su chica, pero al llegar al salón todo estaba destrozado y una nota aguardaba sobre el sofá volcado.

*“Esto es sólo un aviso de lo que soy capaz de hacer, no quise interrumpir vuestro momento así que me llevé conmigo a Sophie, la haré sufrir tanto como hice un día. Ten a mi hija vigilada o la perderás muy pronto. Patrick.”*

Byron arrojó al suelo la nota y sacó su teléfono móvil para llamar a Christian y avisarle de lo sucedido, al parecer Patrick no había hecho más que empezar. El chico había tenido el presentimiento de que algo malo iba a pasar y, al parecer, no se había equivocado para nada. Christian contestó el teléfono en cuanto sonó el primer pitido y Byron le contó todo con rapidez, quedando con él en verse en casa de Lyla en media hora.

Ahora no sólo tenían que proteger a Lyla, también debían traer de nuevo a Sophie a casa.

## CAPÍTULO 13: Mirando al frente.

Los días pasaban y por más que buscaban no obtenían señales de Patrick. Ya hacía varios días que habían dejado de recibir sus cartas informando sobre el estado de Sophie. Las esperanzas de los chicos habían sido destrozadas. Lyla estaba cada día más hundida y se encontraba al borde de entrar en una fuerte depresión. Había dejado a sus amigas totalmente de lado. Marcus se pasaba el día recorriendo la ciudad con el coche, pero nunca obtenía nada.

—¡Marcus! —Lyla se levantó de un salto del sofá, sobresaltando a Byron que yacía dormido en él—. Dime que has encontrado algo, una pequeña pista que nos diga donde encon... —Lyla fue interrumpida por Marcus, quien había golpeado con fuerza la mesa.

—¡Soy inútil, soy incapaz de encontrar nada!

Las esperanzas de Lyla se vieron hundidas al escuchar aquellas palabras. Poco a poco las ganas de seguir luchando por seguir adelante se desvanecían. Corrió a su cuarto y se tiró sobre la cama a llorar. Byron intentó ir tras ella pero Marcus lo detuvo.

—Hablaré con ella, tú solo descansa, lo necesitas —dijo una palmada sobre su hombro y se dirigió a la habitación de la chica.

Los llantos y los gritos de Lyla inundaban el apartamento. Gritos de dolor y desesperación, los cuales luchaban por quedarse dentro, sin conseguir ningún resultado. Cada vez más veces al día, Lyla dedicaba unos minutos a mentalizarse sobre la desaparición de su madre e intentaba no hacer ninguna tontería, aunque cada vez tenía menos fuerzas.

—Cielo —Marcus se acercó cauteloso, intentando no alterarla más de lo que ya estaba—. Sé que todo esto es difícil pero confía en mí cuando te digo que todo saldrá bien.

—¿Qué todo saldrá bien? Llevamos días buscando sin parar y aún no hemos sido capaces de encontrar nada.

—Lyla, nada en esta vida es fácil, pero tampoco hay nada imposible —y con esas palabras y un beso en la frente, salió de la habitación de Lyla.

Ésta, algo más animada por las palabras, se puso sus deportivas y salió corriendo. Pasó por delante de los que descansaban sentados sobre el sofá, sin importarles los gritos que ellos producían para detenerla. Ella era rápida, lo sabía, y ni siquiera Byron podría alcanzarla si corría con todas sus

fuerzas.

Mientras corría sin mirar a su alrededor, Lyla escuchaba los pasos y los gritos de Marcus y Byron no muy lejos de ella. Corría sin mirar al frente y cruzaba las carreteras rezando para no ser atropellada. Escuchó un grito y su corazón se paró al ver a su madre atada a un árbol del parque más alejado de la ciudad. Intentó correr hasta ella pero un brazo musculoso la detuvo.

—Lyla, haz el favor, no puedes fiarte —Byron la miraba fijamente a los ojos, esperando así que ella entrase en razón.

Lyla tiró con fuerza, liberándose del agarre del chico y salió corriendo en dirección a su madre. Sentía el miedo y la adrenalina correr por sus venas. ¿Y si era una trampa para conseguirla a ella? En ese momento nada le importaba. Solo pensaba en llegar hasta su madre y abrazarla con todas sus fuerzas.

Después de segundos que se le hicieron eternos, llegó a su lado y la desató. Los ojos de Sophie se llenaron de lágrimas al ver a su hija después de tantos días de calvario. Lyla la rodeó con los brazos, intentando no ejercer demasiada fuerza para no lastimarla. De un momento a otro, Marcus se encontraba de rodillas en el suelo al lado de Sophie, intentando desatarla con el mayor cuidado posible. En cuanto Sophie fue liberada, Marcus y Byron la tomaron en sus brazos y empezaron a correr para emprender de nuevo el camino que les llevaría a casa.

Pero no todo es color de rosa.

Nick permanecía sentado en el salón de su nueva casa mientras sus hermanas miraban ensimismadas unos dibujos en la televisión. Sus padres habían encontrado trabajo días atrás y las cosas les empezaban a ir muy bien. Hacía días que no sabía nada de Lyla, ni siquiera de Byron. Desconocía el estado de Sophie y por más que intentaba comunicarse con Christian, nunca lo encontraba. Había empezado a pensar que todos se habían olvidado de él, pero entonces una voz chillona le sacó de sus pensamientos, ¡Anne! Se dirigió a la puerta y al abrirla se llevó una grata sorpresa.

—¿Qué hacéis vosotras aquí? —preguntó el chico entusiasmado mientras sus tres amigas se lanzaban a sus brazos.

—Hemos intentado contactar con Lyla para saber si habían resuelto algo, pero no hay manera de encontrarla —dijo Kathe mientras suspiraba.



—Tampoco localizamos a Christian —Anne negó levemente—. Hemos ido a su casa, pero parece que allí no viva nadie desde hace varios días.

La preocupación de las chicas era notoria. Beth no se había atrevido a alzar la vista. Las ojeras de las chicas se hacían notables. Todos estaban demasiado preocupados por el estado de Sophie como para poder descansar.

Pasaron lo que quedaba de mañana en casa de Nick, intentando encontrar alguna solución. Había demasiadas preguntas sin respuesta. Días antes de la desaparición de Sophie, Marcus había pedido a Byron que explicase todo a las chicas para que no se encontrasen en peligro.

Cuando por fin los chicos decidieron levantarse del sofá para preparar algo de comer, el teléfono de Nick sonó, desvelándoles algo que preferirían no haber sabido.

Christian corría con todas sus fuerzas, intentando que los perros salvajes de Patrick no le alcanzaran. Había perdido la noción del tiempo. Llevaba días buscando a Sophie por su cuenta para no poner a nadie más en peligro. Había pasado días sin comer ni dormir y ahora todo le pasaba factura. En ese momento solo pensaba en que debía correr mirando al frente, ya que si se entretenía observando a los perros, no tendría tiempo de seguir huyendo.

Corrió durante diez minutos más, pero acabó encerrado en un callejón sin salida. Los perros se abalanzaron con fuerza contra él y un fuerte golpe en la cabeza le hizo perder la visión.

## CAPÍTULO 14: La nueva víctima de Patrick.

Los días pasaban y los chicos seguían sin ver a Christian. Al principio pensaron que Patrick tenía algo que ver, pero cuando Nick les llamó les aseguró que la carta que encontró en su casa estaba escrita de su puño y letra.

*“Lo siento chicos pero no puedo más con toda esta presión, espero de todo corazón que Sophie aparezca pronto. Me voy lejos y os pido que no hagáis nada por encontrarme. Christian.”*

Lyla lloró y gritó durante días, su mejor amigo la había dejado en su peor momento. El médico había explicado que Sophie había sido violada y torturada incontables veces y eso había afectado a sus capacidades psicológicas. Le era imposible salir de casa y se pasaba la mayor parte del día sentada en un rincón de la habitación.

Byron pasaba la mayor parte de su tiempo con Lyla. Intentaba animarle por todos los medios, pero ella a penas se levantaba de la cama.

Marcus seguía buscando a Patrick, pero la suerte no estaba de su lado.

Nick se pasaba el día paseando. Por la mañana, cuando sus padres trabajaban, cuidaba de sus hermanas. Por suerte Patrick les había dejado en paz. La tarde la pasaba junto a Byron en casa de Lyla intentando animarle, aunque sus esfuerzos eran inútiles.

Kathe había encontrado trabajo y dejado los estudios. Se había alejado mucho del grupo desde que Christian había desaparecido. Anne y Beth se pasaban la semana en el colegio y estudiando. Los fines de semana hacían compañía a los chicos y ayudaban a Marcus con las tareas de la casa. Los días seguían pasando y con ellos los meses. El verano llegó más rápido de lo esperado y Lyla había empezado a salir con el grupo. Al parecer estaba mejor que en casa.

—Patrick tiene que tener algo que ver con la desaparición de Christian —Lyla llevaba días convencida de sus palabras y los demás ya no sabían qué hacer con ella.

—Cielo, Christian se ha ido porque ha querido y Patrick nos ha dejado en paz —dijo Byron convencido—. Esto ha terminado.

—Esto no ha hecho más que empezar.

Todos callaron ante la respuesta de su amiga y se sobresaltaron al escuchar su teléfono.

—Es un mensaje de Marcus —anunció y prosiguió a leer en voz alta—. Dice que mi madre ha empezado a delirar, pero que muchas de las cosas que dice tienen sentido —hizo una pausa intentando asimilar lo que el mensaje quería decir y siguió leyendo—. Dice que vayamos y nos lo explicará todo.

—Vamos entonces —Nick se levantó del suelo, donde llevaba toda la tarde sentado y se dispuso a caminar. Todos asistieron sin rechistar.

Minutos más tarde llegaron a casa de Lyla y al entrar se encontraron a su madre llorando y repitiendo el nombre de Christian sin parar. Cuando terminaba de decir su nombre, empezaba a decir cosas sin sentido, como números o nombres desconocidos. El rostro de Marcus era completamente serio mientras anotaba cosas en un papel.

—Patrick tiene a Christian.

Christian se encontraba sentado en el suelo con las manos en alto, ya que estas se encontraban atadas al techo mediante unas fuertes cadenas de hierro. Tenía hambre, mucha hambre. Había perdido la noción del tiempo y no sabía cuánto tiempo llevaba sin comer ni beber nada. Cada día Leo y Patrick aparecían con un apetecible plato de comida y lo dejaban frente a él. Christian intentaba alcanzarlo, pero las cadenas le impedían moverse y el mismo hecho de estar atado le impedía agachar la cabeza. Ambos secuestradores se divertían un rato y luego, antes de irse riendo, le metían un trozo de pan duro en la boca y le daban un manguerazo a toda potencia para despejar a Christian o para hacerle más daño. Éste tenía incontables huesos del cuerpo rotos y, cada vez que la potencia del agua le sacudía, gritaba de dolor, provocando así que el pequeño trozo de pan le cayera al suelo. Una tortura que solo Patrick y Leo disfrutaban día tras día.

Lyla no dejaba de dar vueltas por el salón mientras repetía una y otra vez que ella tenía razón. Cuando encontró la carta le dolió mucho saber que Christian se había ido, pero en su interior ella sabía que Christian nunca

habría hecho algo así.

—Lyla para, tranquila —dijo Marcus intentando que se calmara—. Le encontraremos igual que encontramos a tu madre.

—¿Cómo? ¿Por casualidad en un parque y con un trauma que no sabe ni lo que dice? —estaba siendo sarcástica, pero entonces Sophie empezó a hablar.

—Calle. Lado. Esquina. Frutería. Veintiuno.

Marcus iba apuntando cada palabra que decía y luego las intentaba ordenar como si de un puzle se tratase.

—Patrick. No. Christian. Comer.

Marcus sonrió satisfecho cuando encontró el mensaje en las cortas palabras de Sophie. Al parecer se estaba recuperando.

—Christian está en la frutería que hace esquina de la calle veintiuno y por lo visto Patrick le está torturando sin comer.

—Sabe Dios que más le estará haciendo —los ojos de Kathe se inundaron de lágrimas y Lyla corrió a abrazarla.

—Vamos a encontrarle —aseguró Lyla con la voz firme y llena de rabia—. Vamos a encontrarle.

Una nueva amenaza se cernía sobre la ciudad, el sobrino lejano de Patrick. Un chico alto, de cabello negro y ojos verdes que volvería loca a cualquier chica. Este había decidido echarle un cable a su tío para raptar a Lyla y lo haría metiéndose de pleno en el grupo.

Aunque a Patrick le falló su plan con Nick, no había olvidado a Mike. De una forma especial lo estaba concienciando para que, él solo, consiguiera llevarse a Lyla al bosque y así, la tendría con él de nuevo.

—¿Tienes claro lo que tienes que hacer? —el tono de Patrick hacia Mike era duro. Mike negó levemente.

—He decidido no ser parte de esto. Puede que mi aspecto parezca repulsivo pero no merezco ser tratado de esta forma. Es más, me merezco más que tú. Prefiero morir a estar en un mundo donde personas como tú abundan en las calles —dicho esto, tomó la pistola de Patrick, que descansaba sobre la mesa, y un disparo sordo se estrelló contra su cabeza.

## CAPÍTULO 15: Le encontraremos.

—¡Tenemos que ir ya!

Lyla estaba cada vez más desesperada. Habían pasado el día planeando la manera correcta y menos peligrosa de rescatar a Christian de las manos de Patrick, pero todavía no la habían encontrado.

—Aún no tenemos un plan firme, Lyla.

La voz de Byron era firme. Todavía no había emitido ningún sonido desde que todos habían empezado a idear el plan.

—Me importa una mierda no tener un plan —Lyla se levantó de la silla que había ocupado durante todo el día—. Esa cosa tiene a mi mejor amigo y pienso llenarme de mierda hasta el cuello si hace falta para traerlo de vuelta conmigo.

Todos se quedaron boquiabiertos, Lyla nunca había sacado ese genio a pesar de que todos lo tenemos guardado dentro de nosotros. Marcus se levantó también y les miró con algo de esperanza.

—Solo hay una forma de acercarse a Patrick. Nick tendrá que volver a ponerse de su lado con instrucciones muy concretas.

No muy lejos de allí, o quizás sí, Patrick fustigaba a Christian sin parar hasta verlo sangrar. Sonreía satisfecho y se marchaba como si nada. Leo acababa de llegar, pero no venía solo.

—Sayer, que alegría que hayas llegado tan pronto.

La sonrisa de Patrick se ensanchó al ver a su sobrino entrar por la puerta del almacén que ahora ocupaban. Sayer sonrió satisfecho mientras observaba con atención el lugar en el que viviría a partir de ahora.

—¿Cuál es el plan?

—El lunes empieza de nuevo el colegio, ya estás apuntado. Ten cuidado con lo que dices, al parecer Lyla es muy astuta.

—No te daré ningún problema.

—Más te vale, ya sabes lo que viene si la cagas.

La cara del recién llegado se tornó pálida. Pocos como él conocían totalmente a Patrick y sabían de qué podía ser capaz.

El lunes, cuando empezó de nuevo la rutina, los chicos se pusieron

manos a la obra. Durante esa semana Nick se mantendría alejado de ellos, fingiendo que todo entre ellos estaba acabado. Lyla se mantendría al margen de todo, ya que hasta ella misma sabía que la cagaría si los nervios le traicionaban. Durante toda esa semana acabarían de amoldar el plan ideado para que Nick fuese aceptado por Patrick. Nick esta vez no tenía miedo, su familia estaba completamente a salvo y él mismo se creía capaz de acabar con Patrick con sus propias manos.

—Todos sabemos lo que tenemos que hacer —mientras Marcus hablaba con seguridad, los demás asentían demostrando que escuchaban con mucha atención—. Nick pasará los próximos días pasando por el callejón donde vivía y me apuesto el cuello a que Patrick irá a por él. Nick le explicará que sus padres le han echado de casa y reconocerá que no tuvo que traicionarle. Conociendo a Patrick su ego crecerá y lo acogerá entre sus brazos como si nada. ¿Todo claro? —todos asistieron y Marcus sonrió orgulloso—. Que empiece la función.

La semana pasó totalmente tranquila. Todos se amoldaron completamente al plan y nadie se salió de su papel. Al acabar el viernes, todos se fueron juntos a casa menos Nick, quien se dirigió de nuevo una vez más al callejón. Allí, se encontró con Patrick.

—Bueno, bueno. Así que el ave ha vuelto al nido.

La voz de Patrick era dura y no dejaba escapar una pizca de inseguridad. Por otro lado la postura de Nick era firme y ningún músculo de su cuerpo flaqueaba.

—No soy el típico que se rebaja, pero en este caso me veo obligado a hacerlo —*empecemos con el plan*—. Mis padres no quieren saber nada de mí y he comprobado por mí mismo lo falsos que son mis amigos. Me he dado cuenta de que no debí traicionarte así que aquí estoy, pidiendo otro lugar en tus planes.

Automáticamente, la siniestra sonrisa de Patrick creció y una risa emergió de su garganta.

—Bienvenido.

— Nick ya está dentro, al parecer de momento el plan va sobre ruedas.

Marcus se encontraba en el hospital con Sophie, quien había sido

ingresada el día anterior ya que los traumas volvieron a ella. Sophie se limitaba a asentir y sonreír mientras Marcus le contaba todo el plan.

—¿Cómo vas mamá? —sin hacer el menor ruido, Lyla había entrado a la habitación.

—Todavía no es capaz de hablar, te dejaré con ella —Marcus se levantó de la silla que ocupaba, besó la frente de Lyla y salió de la habitación.

Lyla se acercó a su madre y le tomó la mano, se sentó junto a ella en la cama y, suspirando, empezó a hablar.

—Sé que si pudieses hablar no me dejarías hacer esto, pero ya no puedo más. Christian lleva muchos días bajo el poderío de Patrick y no puedo esperar a que el plan con Nick funcione. La cuestión es que pienso ir esta noche a buscarlo, sé cómo entrar y sé que no me verá.

Lyla esperó a que su madre negara frenéticamente con la cabeza pero lo único que hizo fue sonreír y asentir, pronunciando un "adelante" sordo. Lyla se tiró sobre sus brazos y besó repetidas veces su rostro.

—Volveré sana y salva y junto a Christian.

Dicho esto salió de la habitación y se dirigió al lugar donde Patrick tenía prisionero a Christian.

Lyla aguardaba tras un arbusto de la acera de enfrente a que Patrick saliera del edificio y, cuando lo hizo, corrió hacia la primera ventana abierta que encontró. Entró con cuidado y se movió con sigilo por dentro del edificio. Estaba casi segura de que no había nadie en el edificio, pero no quería arriesgarse a gritar el nombre de Christian para que le contestara.

Llegó a una especie de salón y, al lado de una estantería vio que había unas escaleras que bajaban a un sótano. Un grito ahogado por parte de Lyla provocó que Christian levantase la cabeza. Este se encontraba atado de manos al techo mediante unas cadenas de hierro. Su rostro estaba ensangrentado debido a los golpes que le habían proporcionado. Lyla corrió a su lado y, sin pensar en el dolor, abrazó a Christian con fuerza.

—Cuidado pequeña —la voz de éste sonaba rota, pero tenía un leve destello de esperanza.

—Voy a desatarte.

Lyla se soltó el pelo y abrió una horquilla para introducirla en la cerradura de las cadenas. Con algo de esfuerzo consiguió abrirla y levantó a

Christian como pudo. Recorrieron el mismo camino que minutos antes había andado Lyla, salieron por la ventana y juntos volvieron a casa.

—Quiero deciros que tenéis el sentido de hacer planes en el culo.

Lyla había irrumpido en el salón de su casa donde se encontraban todos, con Christian colgado de sus hombros.



## CAPÍTULO 16: Un paso atrás.

Todos se quedaron sorprendidos cuando Lyla y Christian entraron en casa de ésta. Mientras ellos seguían ideando un plan, Lyla había movido sus piezas y había conseguido por sus propios medios traer de vuelta a Christian.

—¿CÓ... Cómo? —Marcus se quedó a cuadros al ver a la hija de Sophie con Christian cargado al hombro.

—Sencillamente he esperado a que Patrick saliese del edificio y he entrado por una ventana, luego he cogido a Christian y hemos hecho el mismo recorrido. Así de fácil —explicó mientras ayudaba a Christian a sentarse en el sofá.

—Podrían haberte visto —dijo Byron, sacando su instinto protector.

—Pero no lo han hecho —dijo mientras le traía un vaso de agua y algo de comer a su amigo—. Y mientras vosotros estabais aquí ideando planes inútilmente, Christian se moría y Nick está hundido hasta la cintura en la mierda de Patrick.

Dicho esto, Lyla cruzó el comedor, pasando por delante de todos los presentes y se encerró de un fuerte portazo en su habitación.

—¿Qué vamos a hacer con Nick? —preguntó Anne con un nudo en la garganta.

—Tendrá que permanecer junto a él hasta que encontremos la manera de deshacernos de Patrick, si lo abandona ahora éste empezará a sospechar y Dios sabe qué hará con él.

El lunes llegó de nuevo y las clases empezaron. Christian insistió en ir al colegio a pesar de su estado y nadie pudo evitarlo. Por el contrario, Nick no apareció y todos empezaron a preocuparse. Al llegar a clase, esta tenía algo inusual. Un chico nuevo se encontraba sentado sobre la mesa de Lyla. Era un chico alto, de ojos verdes y realmente apuesto. Byron le miró con cara de pocos amigos y este se limitó a saludarle con un movimiento de cabeza. Lyla se acercó sin pensárselo dos veces y lo miró directamente.

—Disculpa pero estás en mi sitio.

—Lo sé, Lyla Hale —Lyla se quedó helada durante unos segundos. ¿Cómo ese extraño conocía su nombre? Y lo más inquietante era el porqué.

A esas alturas no se podían fiar de nadie y mucho menos de gente que sin conocerlos supiesen de tí porque sí.

—¿Quién eres? —Lyla había perdido la concentración durante unos segundos, pero buscó una salida rápida.

—¿No me recuerdas? Que memoria tienes primita —Lyla lo miró expectante y entonces reaccionó. Su tez se volvió más pálida que el mármol y el chico rió ante su expresión—. Sí, pequeña, soy Sayer, el sobrino de tu padre.

En otro lugar de la ciudad, donde la luz del Sol no llegaba a iluminar, Patrick buscaba con desesperación a su prisionero sin obtener resultados. Nick fingía ayudarlo, aunque sabía perfectamente que Lyla le había sacado de allí un par de días antes.

—Señor, no está por ninguna parte —Nick fingió estar cansado y empezó a respirar con dificultad. Patrick lo observó y le tendió un vaso de agua.

—Lo sé. Será mejor dejarlo estar, si lo rapto de nuevo sabrán que he sido yo y vendrán a por mí —su voz sonaba cansada y se rascó la cabeza con frustración—. Hay que largarse de aquí.

Los días pasaban y los médicos acudían cada día menos a la habitación de Sophie, señal de que todo iba sobre ruedas. Marcus había pasado todos los días que había podido a su lado, mientras intentaba animarla y hacerla sonreír.

—Pronto volverás a casa —Marcus sonreía sin parar, aunque por dentro estaba preocupado por Nick. Se despidió de Sophie y cogió el coche para ir a casa.

Al llegar se encontró a todos los jóvenes allí metidos, menos Nick, claro está. Todos estaban alrededor de una mesa y miraban a Lyla fijamente.

—La única manera de sacar a Nick de allí es acabar con Patrick — todos asintieron no muy convencidos de poder hacerlo—, pero ahora hay otro problema. Sayer está aquí y encima ha entrado en nuestro colegio, tenemos que averiguar si está dentro de los planes de Patrick porque si es así estamos perdidos.

Marcus sonrió al ver como Lyla se había hecho con la situación de un momento a otro. Había pasado de ser una chica miedosa y poco inteligente a

ser una mujer madura que sabe coger el toro por los cuernos. Sin hacer ruido, se sentó en el sofá y escuchó durante horas los planes que entre todos tramaban. Pretendían preparar una trampa a Patrick mandando al sitio donde lo habían encontrado a la policía. Pero Marcus sabía que a esas horas de la noche Patrick ya no estaría. Él era astuto y sabía perfectamente que allí no estaba seguro.

—No podréis sacarlo de allí con la policía, a estas alturas él ya no estará.

Todos se quedaron callados y bajaron la mirada desanimados. Había llegado un punto en el que ya no sabían qué hacer y todo su mundo se les estaba viniendo abajo.

## CAPÍTULO 17: El primer día tranquilo.

Habían pasado varias semanas desde que Christian había sido liberado. No habían vuelto a tener señales de Patrick y Nick aparecía esporádicamente en el colegio para que todos los que conocían su situación supiesen que estaba bien. Lyla seguía maquinando en su cabeza el modo de conseguir sacar a Nick de los dominios de Patrick sin que éste se enterase de que su amigo estaba detrás de los planes de sus chicos. Sophie cada día se encontraba mejor y ese mismo día les habían comunicado que por fin estaba totalmente recuperada y que el alta era inminente.

—Cariño —Lyla miró a su madre mientras recogía la ropa que quedaba en los armarios del hospital—. ¿Por qué no me habías dicho que Sayer está en la ciudad? —Lyla paró en seco durante unos segundos y notó como poco a poco su alma escapaba de su cuerpo.

—No quería preocuparte, sinceramente no creo que esté viviendo con Patrick y éste hace semanas que no nos molesta así que no hay por qué preocuparse —Lyla abrazó a su madre, cogió la maleta y juntas salieron del hospital para dirigirse al coche de Marcus.

Media hora después se encontraban por fin en casa. Sophie se había recuperado del todo y su trastorno había desaparecido con una intensa terapia por parte de los mejores psicólogos del centro. Durante más de quince minutos organizaron la ropa por colores para después echarla a lavar, limpiaron la casa ya que Lyla no había estado presente y Marcus era un guarro, no hay otra manera de decirlo.

Sobre las cinco de la tarde Byron acudió a recoger a Lyla y juntos se fueron al parque a pasear. Había pasado tanto tiempo desde sus últimos momentos juntos que ya lo echaban de menos. Caminaron durante más de una hora mientras hablaban y reían, sobretodo reían. Caminando, llegaron a la entrada de un pequeño bosque y decidieron pasear tranquilamente.

—Echaba de menos estos ratos a tu lado —la sonrisa de Byron cada vez crecía más mientras abrazaba a Lyla por la cintura.

—La verdad es que yo también, hemos tenido unos meses de locos —Lyla suspiró cuando sintió los labios de Byron rozar su mejilla y sonrió con dulzura.

Acabaron sentados bajo los árboles que daban sombra pero cubrían del frío del invierno, permanecieron abrazados durante horas hasta que se

quedaron dormidos con el sonido del viento frotando las hojas.

Por fin todo estaba siendo como habían deseado desde hacía tiempo.

Mientras tanto, en casa de Sophie, ésta veía la televisión enterándose de los acontecimientos que se habían dado en los últimos días y, para su suerte, ninguno tenía que ver con su ex—marido. Marcus se acercó cauteloso y le plantó una bandeja sobre las piernas. Ésta contenía una taza con chocolate caliente y una magdalena enorme recién hecha.

—¡Dios, esto es lo que necesitaba! —Sophie sonrió como una niña pequeña mientras cogía su taza de chocolate y daba un sorbo.

—Durante unos días puedes pedirme lo que necesites —Marcus se sentó a su lado y cambió el canal de la televisión para poner una serie de vaqueros que veía últimamente.

—¿En serio vas a hacerme ver esta cosa? —Sophie rió mientras veía la cara de concentrado que tenía Marcus.

—Sí —dijo serio sin despegar la mirada de la televisión.

Sophie negó levemente y una sonrisa malvada apareció en su rostro, cogió un cojín y lo estampó en la cara de Marcus provocando que miles de plumas se esparciesen por todo el salón.

—No has hecho lo que acabas de hacer —Marcus miró desafiante a Sophie y, cuando esta asintió, cogió otro cojín y repitió la acción.

Así empezó su guerra de cojines y miles de risas.

Por otro lado, Kathe había ido a ver como se encontraba Christian. Las últimas dos semanas se había comprometido a asistir cada día para ayudarle con las tareas y hacerle la comida ya que éste tenía todo el cuerpo herido. Pero ese día fue diferente. Cuando Kathe abrió la puerta de la entrada, ya que se había hecho una copia de la llave, se encontró un camino de pétalos que conducían hasta el sofá y en la mesa del café había dos platos con macarrones y dos copas de vino llenas de Coca—Cola.

—Es hora de decirte que me tienes loco —los brazos de Christian rodearon la cintura de Kathe y el pulso de ésta empezó a acelerarse rápidamente.

—Puedo decir lo mismo entonces —Kathe giró sobre sí misma para quedar cara a cara con Christian y con un suave movimiento sus labios se

unieron.

## CAPÍTULO 18: Las cosas empeoran.

La calma parecía haber llegado a la vida de nuestros chicos. Pero ¿y Nick? Habían pasado semanas desde que el plan empezó y Christian fue liberado, pero no había ni rastro de él.

—Nick, ven aquí —la voz de Patrick era firme y dura, como acostumbraba a ser.

Éste se acercó cauteloso, cada día tenía más miedo de estar al lado de Patrick. No podía ir al colegio y su salud se estaba yendo a pique día a día. Llegó junto a su amo y se encontró con alguien nuevo a su lado. Era un chico alto y de tez morena, calculó que tendría más o menos su misma edad.

—Aquí estoy amo.

—Quiero presentarte a Sayer, mi sobrino —Nick asintió en dirección a Sayer a modo de saludo—. Él será quien te ayude a coger a Lyla y a traerla a mi lado.

El corazón de Nick dio un vuelco. Aunque Christian ya estaba a salvo, el peligro no había cesado.

*—Por h o por b tengo que traer a mi hija aquí. Tengo que hacer sufrir a Sophie por todo lo que me hizo.*

*—Siempre está rodeada de gente, va a ser algo difícil —Nick intentaba esconder su nerviosismo, pero las manos y el habla le fallaban.*

*—¿Te pasa algo? —Patrick se acercó a él amenazante.*

*—Creo que tengo fiebre, llevo demasiados días sin comer.*

*—Ya te dije que comerás cuando me traigas a mi hija —Nick se limitó a asentir. ¿Cómo pudo aceptar para meterse ahí?*

*—¿Cuál es el plan? —Leo, que había estado escuchando todo con atención, decidió ir al grano.*

*—Mi sobrino ya está aquí, está yendo al colegio y los tiene vigilados a todos bien de cerca. Solo necesito que convenza a Lyla de que no está de mi parte y que la traiga. Lyla es demasiado buena y si piensa que lo está pasando mal, le ayudará.*

Nick y Sayer se alejaron de Patrick mientras este hablaba con Leo. Sayer cogió del brazo a Nick y lo arrastró lejos de allí.

—No tengo pruebas, pero las tendré y no dudes que en cuanto pueda demostrarle a mi tío que eras parte del plan, haré que te mate.

A Nick se le heló la sangre, ¿cómo le había descubierto? Sayer se alejó de él y se dirigió a coger su mochila para ir un día más a fingir al colegio.

Los chicos llegaron a la universidad un día más. Todos venían alegres y no pensaban en el mal que estaba a punto de llegar. Sayer observó con atención al grupo y, cuando todos se separaron, se acercó a Lyla. Su aspecto era desaliñado y en seguida Lyla le observó de la cabeza a los pies.

—¿Qué te ha pasado? —la preocupación en la voz de Lyla era evidente y su primo sonrió interiormente.

—Patrick me ha amenazado, quiere que me una a él, pero no puedo hacerle eso a mi prima —su interpretación era la más falsa que jamás se hubiese visto, pero nadie lo notaría si él era buen actor.

—¿Qué pretendes con todo esto? —a Lyla no le gustaba la situación pero, si se la pedía, no podía negarle la ayuda a un familiar en malas condiciones.

—Solo quiero que vuelvas a hacerme un hueco en tu vida. Lo que Patrick haya hecho no me influye, solo quiero que seamos la familia que siempre fuimos.

*Sayer y Lyla corrían despreocupados por la casa de campo que los abuelos de estos habían tenido durante muchos años. Desde que eran niños, Sayer siempre había tenido un físico espectacular y Lyla siempre había sido algo patosa. Por esta misma razón, Lyla cayó al barro y se manchó su vestido nuevo.*

*—Mamá me matará, había comprado el vestido para la ocasión — Lyla lloraba mientras yacía sobre el barro. Todos sus familiares se habían reunido en la casa de campo para hacer la última comida allí, ya que por cuestiones de dinero la casa sería embargada en un par de días.*

*—No te preocupes, encontraremos alguna solución.*

*Juntos se dirigieron a casa y cuando llegaron, Sayer se puso a llorar con Lyla. A penas tenían cuatro y cinco años y nadie notaría su mentira.*



—Tía Sophie, fuimos a ese sitio donde están los cerdos y uno pasó corriendo y tiró a la pobre Lyla al barro.

Ambos empezaron a llorar con más dramatismo y las sonrisas aparecieron en los rostros de todos los presentes. ¿Quién no creería a un crío con esos pucheros?

Miles de situaciones así habían vivido y todas las habían superado juntos.

—Está bien, hablaré con mi madre y con Marcus a ver si puedes quedarte.

Sayer se lanzó a los brazos de su prima y ambos empezaron a reír como cuando eran críos. ¿Se arrepentiría Sayer de ayudar a su tío? Dudemos de esa opción.

En el almacén donde Patrick se había mudado para no ser descubierto, una misteriosa carta había llegado. Este, la leyó con atención y la rompió en mil pedazos nada más terminar.

*“No te fíes de lo que tienes en tu propia casa. ¿Ha cambiado Nick y se arrepiente? Já. Solo era una patraña para salvar a Christian, aunque al final no funcionó ya que tu hija fue más lista e hizo las cosas por su cuenta. No te fíes de las apariencias, porque suelen engañar.*

*Tu fiel admirador.”*

A Patrick no le hicieron falta detalles para creer lo que ese papel contenía. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? Su ego siempre le traicionaba. Realmente enfadado y con la mente totalmente oscura, anduvo con rapidez por los pasillos del almacén hasta irrumpir en la habitación donde

Nick intentaba descansar sin ningún miramiento.

Al acabar la jornada escolar, Lyla se despidió de sus amigos y se dirigió a casa junto a su primo. Nada más entrar, Marcus lo reconoció e hizo ademán de echarlo de allí. Lyla fue a detenerlo, pero fue Sophie quien lo hizo.

—Que mi ex marido se haya convertido en un asesino no quiere decir que alguien de su misma sangre también deba serlo, solo tienes que fijarte en Lyla.

Por una vez en la vida, la voz de Sophie era dura e imponía autoridad. Marcus, sin poder hacer nada, asintió y se encerró en su habitación, maldiciendo que a veces Sophie y Lyla llegasen a ser tan ilusas.

—Te he echado de menos tía —Sayer corrió a los brazos de Sophie y poco después Lyla se unió a ellos. La familia estaba unida de nuevo pero, no sabían qué habían metido en casa.

Patrick intentó tranquilizarse cuando vio a Nick tumbado en la cama, pero su sangre hervía. ¿Cómo le habían podido engañar a él? Eso no lo pasaría por alto.

—¿Así que has estado mintiendo? —la voz de Patrick hizo eco en toda la habitación y el cuerpo de Nick se quedó paralizado—. ¿Ahora no hablas? Claro. Bastante les has hablado a tus amigos para informarles sobre mis planes.

Nick intentó levantarse de la cama y echar a correr. Pero no solo la debilidad de su cuerpo se lo impidió, Patrick le tomó del cuello y lo empotró contra la pared. Con ambas manos, apretaba con fuerza el cuello de éste, quería matarlo, pero quería hacerle sufrir. Sacó una navaja bien afilada del bolsillo trasero y empezó a hacer pequeños cortes en el cuerpo de Nick con esta. Quería oírle gritar de dolor y lo estaba consiguiendo. Pocos minutos después la asfixia y su cuerpo desangrándose hicieron el trabajo restante. Lo soltó sin miramientos y lo dejó allí tirado. Nick yacía muerto en el suelo y sabe Dios si alguien le encontraría.

Patrick se dirigió a hablar con su fiel compañero Leo, quien todavía no había dado muestras de ir en su contra. Tenía un plan para hacer sufrir al grupo y hundir a Lyla para que se sintiese débil y su secuestro fuera aún más

fácil.

—Leo, tienes que ayudarme a dejar a Nick en la puerta de Lyla — este se había sentado en la silla contigua a la de Leo y una gran sonrisa iluminaba su cara.

—Pero contará dónde estamos —Leo miraba confuso a su amo. ¿Se estaba volviendo loco?

—Ya no podrá hablar nunca más. Está muerto —el rostro de Leo palideció durante unos segundos pero poco después una risa emergió de su garganta—. Le dejaremos de madrugada, así cuando todos acudan a buscarla para ir al colegio y ella salga de casa, se lo encontrarán.

Y así fue. Sobre las tres de la mañana, hora donde las calles solo estaban transitadas por borrachos y vagabundos, Patrick y su fiel acompañante aparcaron el coche dos manzanas más abajo de la casa de Lyla y cogieron el cuerpo de Nick con sus propias manos. Cinco minutos después ya estaban situados en el portal de la casa de Lyla y allí, sin ningún miramiento, depositaron el cuerpo de Nick. Sin ningún remordimiento, se alejaron riendo y desaparecieron en la oscuridad de la noche.

A la mañana siguiente, Lyla se levantó más pronto de lo habitual. Despertó a Sayer y desayunaron juntos. Decidieron esperar a los chicos en la calle ya que aún no les habían llamado. Su sorpresa al salir fue que todos estaban fuera. Algunos lloraban, otros gritaban y otros simplemente se habían quedado pasmados. Lyla bajó la mirada a los pies y vio el cuerpo inerte de su amigo. Cayó de rodillas junto a éste (este) y empezó a llorar desconsoladamente.

—Todo esto es culpa mía, debí entregarme a mi padre cuando aún tenía oportunidad —las lágrimas brotaban sin control de sus ojos y Byron corrió a apartarla del cuerpo y la abrazó con fuerza.

Ese día no asistieron al colegio. Pasaron el día encerrados en casa de Lyla, con la mirada fija en ninguna parte y sin abrir la boca. Incluso cuando Sophie les preparó chocolate caliente nadie reaccionó. Sayer no se creía como su tío había hecho eso, pero una parte de él no podía culparlo ya que Nick le había mentado.

El funeral se celebró varios días después. Cuando los chicos vieron a los padres de Nick se derrumbaron aún más. En apenas dos días la madre de Nick había perdido bastante peso y se encontraba realmente desmejorada. Sus dos hermanas pequeñas permanecían tomadas de la mano, mientras lloraban y gritaban sin control. Por primera vez, el padre de Nick dejó a un lado su

serio y autoritario rostro para mostrarse totalmente deprimido. Tanto familiares como amigos del instituto se habían reunido alrededor del ataúd de Nick para decirle el último adiós. El cura empezó con sus palabras mientras todos se deprimían aún más y, entonces, la madre de Nick decidió hablar.

—Nunca pensé que este día llegaría tan pronto, pensé que sería él quien me diría adiós, pero soy yo la que está aquí despidiéndome de mi pequeño —sonrió forzosamente mientras lágrimas rodaban por sus mejillas—. Dicen que la muerte es dolorosa, pero puedo aseguraros que la muerte de un hijo es lo peor que puede pasarte en esta vida. Siempre habíamos estado todos muy unidos. Vivíamos en un barrio muy pobre y no teníamos casa hasta que él, con su duro trabajo, la consiguió. Con tal solo dieciocho años él ha sido quien nos ha sacado adelante sin protestar ni pedir nada a cambio —con cada palabra que recitaba su voz iba volviendo más débil—. No puedo entender como Dios permite estas cosas. ¿Por qué se lleva a los niños, cuando hay ancianos y criminales? Algunos ancianos ya no pueden vivir más y desean la muerte. Los criminales no merecen vivir, pero Dios se lleva a los que aún tienen mucho camino por delante. ¿Por qué? —Antes de seguir hablando, la madre de Nick se vino abajo y abrazó con fuerza el ataúd de su hijo—. ¿Por qué te has ido tú, pequeño?

Entre el padre de Nick y los chicos del grupo, le apartaron del ataúd con cuidado. Todos observaban como la madre lloraba cada vez más fuerte y como el padre la acunaba entre sus brazos mientras yacían sentados en el suelo.

Nadie había pensado que el final de los días de Nick se daría de esa manera. Pero nadie conoce lo que le tiene preparado el destino. Cabizbajos y sin ánimos de nada, todos volvieron a casa para descansar lo que no habían descansado en los días anteriores. Al día siguiente debían volver a la escuela ya que esta solo les permitía dos días de luto. Al llegar a sus respectivas casas, se acostaron para conocer lo que el día siguiente les deparaba.

## CAPÍTULO 19: Nadie esperaba algo así.

Con los ánimos por los suelos, Lyla y los demás se levantaron al día siguiente para seguir su rutina, aunque por mucho que pareciese igual, ya no lo sería nunca más. Se vistieron con ropas negras, sin llegar a ir del todo, y se dirigieron al colegio. Durante el camino nadie habló. Lyla permanecía junto a Byron, mientras este le apretaba la mano con fuerza, demostrándole que él siempre estaría ahí para ella.

Cuando llegaron a la universidad, todos se dispersaron a sus respectivas clases. Por suerte, Lyla no estaría sola ya que Sayer se encontraba con ella.

—No debes culparte, conoces tan bien como yo a Patrick —Sayer intentaba seguir ganándose el afecto de su prima, aunque cada vez estaba menos seguro de lo que hacía.

—Es culpa mía, no debí permitir que Nick volviese con Patrick — Lyla suspiró y se sentó en su pupitre—. Igual que saqué a Christian lo podría haber sacado a él y no lo hice. ¿Por qué no lo hice?

Los ojos de Lyla empezaron a inundarse de lágrimas y Sayer no pudo hacer otra cosa que abrazarla con fuerza. Ese momento le recordó a todos los que habían pasado juntos y se dio cuenta de que la quería.

—Debo contarte algo, pero necesito que me prometas que no te enfadarás —los ojos de Sayer suplicaban que Lyla entendiese lo que le estaba ocurriendo. Lyla se limitó a asentir—. Patrick me llamó para que me acercase a ti y consiguiera llevarte junto a él. Al principio lo creí divertido pero luego he visto cómo es y no pienso permitir que te haga daño. Llevábamos muchos años sin vernos y me he dado cuenta de que te quiero demasiado para permitir que ese desgraciado haga contigo algo inapropiado.

Las lágrimas de Lyla amenazaban con salir pero ella no lo permitió. Con toda la fuerza de la que disponía le propinó un buen golpe en la cara a Sayer y salió corriendo del aula ante la mirada expectante de todos sus compañeros. Sayer corrió detrás de ella, pero fue inútil pararla.

—No puedes ir sola. ¡Dios sabe cuándo piensa secuestrarte!

—¡No me importa! —Lyla paró en seco y quedó cara a cara con su primo—. Prefiero mil veces la muerte antes que tenerte cerca.

Esas palabras le dolieron a Sayer más de lo que podría haber imaginado. Debía detener a Lyla, pero él solo no podría. Decidió correr por

todo el colegio buscando a los amigos de esta y, en el cambio de clase, los encontró por fin.

—Tenéis que ayudarme —cuando llegó junto a los chicos no podía respirar.

Rápidamente les contó lo ocurrido con Lyla y, aunque Byron se tuvo que contener para no matarlo de una paliza, todos salieron corriendo hacia la entrada de la universidad. Por suerte, Lyla estaba allí, sentada en las escaleras. A partir de ahora debían vigilarla como nunca lo habían hecho ya que Patrick podría aparecer en cualquier momento y llevársela lejos de allí. Byron corrió a sentarse con ella y la acunó en sus brazos mientras ella lloraba. Lyla tenía miedo, mucho miedo. ¿Y quién no lo tendría si un perturbado quiere apoderarse de ti?

Cuando el timbre que anunciaba la vuelta a clase sonó, todos entraron y Byron dejó en manos de Sayer a Lyla. Ésta no se quedó muy convencida, pero no le quedaba otra opción.

La jornada escolar acabó y decidieron irse a tomar un café y merendar antes de ir a casa para relajarse un poco. Durante el rato que estuvieron en la cafetería rieron y charlaron hasta el punto de que Lyla se fundió en un abrazo con su primo, reconociendo que lo había echado de menos y confiando en él plenamente.

Cuando estaban a punto de abandonar el establecimiento, Lyla decidió pararse un momento para ir al baño y todos acordaron esperarla fuera. Mientras caminaba por el pasillo que llevaba a este, empezó a escuchar pasos detrás de ella, pero no quiso darle importancia. Cuando por fin había llegado a la puerta y estaba a punto de entrar, una mano se posó en su boca y la tiró para atrás, pegando su espalda en el pecho del individuo.

—Habré tardado tiempo en encontrarte, pero no pienso irme sin tener lo que es mío —escuchar esa voz le produjo escalofríos. Estaba perdida—. Eres mi hija y no pienso estar alejado de ti por más tiempo.

Notó como Patrick ponía un tipo de trapo de tela en su boca y la cogía en brazos sin ninguna dificultad. Para la edad que tenía, era un hombre realmente fuerte. Vio como la conducía a la puerta trasera donde su fiel acompañante le esperaba con el coche en marcha. La subió con cuidado a los asientos de atrás y, una vez montado él en el asiento del copiloto, puso el seguro en las puertas.

El coche arrancó y se deslizó por el pavimento mojado, ya que había empezado a llover. Justo cuando el coche salió a la carretera, Lyla localizó a

sus amigos y empezó a dar golpes en el cristal del lateral, acabando por darlos en la luna trasera. Sayer alzó la mirada y la vio en el coche, un automóvil que en seguida reconoció.

—¡Patrick tiene a Lyla! —anunció entre gritos mientras empezaba a correr tras del coche. Todos imitaron su acción y Byron acabó en cabeza.

**Sentía cómo los pulmones me dolían y la lluvia se estrellaba contra mi cara. El corazón me iba a mil mientras corría detrás del coche para intentar alcanzar al amor de mi vida. Él se la estaba llevando y no me daba la oportunidad de poder hacer algo. Corrí durante varios metros más, mientras veía como Lyla golpeaba el cristal desesperada. Hubo un momento en el que el coche aceleró y mis piernas y pulmones no lo resistieron. Caí al suelo y vi con lágrimas en los ojos como la alejaban de mí. Pero no me rendiría. Movería cielo y tierra para encontrarla. *No perdería la esperanza en lo perdido.***

**~FIN.**

## **Agradecimientos.**

Quiero dar las gracias a mis padres, Montse y Cristóbal, por el apoyo que me han dado siempre, gracias a ellos he podido realizar este libro.

No se me olvida agradecerlo a mi compañero, a mi mejor amigo, a mi confidente; Jose Gálvez Marín, por darme todo su amor y apoyo para poder completar el libro.

También quiero agradecer el apoyo y los consejos de mi profesora de literatura castellana de primero de bachillerato, María Jesús Ramos Rubio.



## Obras relacionadas.

